

8 13
"La Saviota"

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

Nicolás Granada

*Representada por primera vez en el teatro
de "La Comedia" por la compañía de
Gerónimo Podestá, en la noche del.....
de Noviembre de 1903.*

PRIMERA EDICIÓN

BUENOS AIRES

Imp. "La Victoria" De Martino y Gutierrez

142 - SAN JOSE - 142

1903

Al Dr. Don

Marcelo S. de Rivas

Respectuoso homenaje de amistad

Nicolás Granada

REPARTO

X Na Lursa	Sra. Orfilia Rico	<i>A. Vidas</i>
Rosario (La Gaviota).....	Sta. Blanca Podestá	<i>Blanca</i>
Teresa	" Ada Manarelli	<i>Linda</i>
X Doña Bernabela	" Ana Podestá	<i>Carla</i>
Magdalena	" Julieta Castell	<i>Celia</i>
Luisa	Sra. Maria Podestá	<i>Juanita</i>
Cármen.....	Sta. S. Melani	<i>Celia</i>
León	Sra. Adela Podestá	
X Una menja	" M. P.	<i>Josefa</i>
No Basilio	Sr. Gerónimo Podestá	
Eduardo	" Arturo Podestá	
Martiniano	" Félix Blanco	<i>Pere</i>
X El cura	" Francisco Acosta	<i>Lina</i>
José.....	" José Podestá	<i>Balbuena</i>
Don Venancio	" Julio Scarsella	<i>Betol</i>
Arturo	" Gil Quesada	<i>Maria</i>
Luciano.....	" Francisco Romeral	
Fernán.....	" Enrique Muñio	<i>Beth</i>
Juan	" Recaredo Hidalgo	
Federico	" Ricardo Bustamante	
Un Criado	" R. B.	

Paisanos, caballeros, señoras, señoritas.
servidumbre etc.

**La acción se desarrolla en San Isidro (R. A.)
en el año 1870**

Derecha é izquierda la del público

ACTO PRIMERO

La playa de la red en un extremo del 'Bosque Alegre' de Sant Isidro.

En primer término, matorrales bajos, de entre los que se alza y descuella, á la derecha del espectador, una planta de pita con su pitaco en flor.

En segundo término, y bajo copudos sauces y álamos de la Carolina, el rancho de *Ño Basilio*; á la izquierda una chalana de pescadores barada en tierra y en compostura.

En tercer término y sin cerrar el fondo, una red suspendida, por horcones y cañas como puesta á secar por los pescadores.

Hacia el fondo, albardones con sauces, algunos descuajados y con las raíces al aire por efecto de las fuertes mareas, aunque siempre cubiertas de hojas y en plena vejetación.

Cierra el fondo el río de la Plata, en lontananzas que se funden con el horizonte.

En primer término, un gran tronco que sirve de asiento, banquitos rústicos enseres de pesca, remos, etc. Algunas macetas de flores.

Por detrás del rancho, una cuerda levantada en el medio por una percha de caña con varias piezas de ropa blanca que se secan al aire y al sol.

Es de día. Luz fuerte de una tarde ardiente de verano.

ESCENA I

Ño BASILIO—(tullido) *sentado en un sillón rústico con su muleta al lado, ña Luisa su mujer que da la espalda al público y habla y acciona como si llamára á alguien hacia el fondo, á la derecha.*

LUISA—(llamando) ¡Che! ¡Veni te digo!... ¡No me ois arrastrada? ¡No ves Basilio? ¡La llamo, y como si la llamára el perro!

BASILIO—¡Dejála, hombre!...

LUISA—Sí: «dejála».... Por tu culpa es que se ha puesto la muchacha como se ha puesto. Si eso ya no es jente... es un animal montaráz.. (llamando) ¡Rosario! ¿A que te voy á buscar con este palo, y te hago entender lo que es respeto? (á ño Basilio) Vos, vos la has puesto ansina.

- BASILIO**—¿Y como querés que sea? Vamos á ver....
- LUISA**—Como la jente. Que viva en casa y no entre los árboles ó en la playa.... ¿No la ves? Dende la mañanita, y á veces escuro tuavia, ya se larga campo ajuera, como pájaro que va á buscar la mantencion.
- BASILIO**—Y será pájaro no mas.
- LUISA**—Si por eso ya ha perdido hasta el nombre, y no la llaman sino «la Gaviota»
- BASILIO**—¡Amalaya se lo hicieran güeno!
- LUISA**—¡Como!
- BASILIO**—¡Claro! ¿Ande ha de haber cosa mas linda que volar?
- LUISA**—Si; como vos andás otra vez haciendo pininos como cuando eras chiquito....
- BASILIO**—¡He caminao mucho Luisa en esta vida! y si no juera esta maldita envaradura con que la suerte me ha puesto en el cepo.....
- LUISA**—(*mirando otra vez hacia el fondo, derecha*) ¡Mirala! ¡Mirala!.... ¡Ahí se mete en el agua detrás de los de la red!
- BASILIO**—Eso tambien es lindo, Luisa. Cuando yo era muchacho, era como capincho. La mita del dia lo pasaba chapaliando en los charquitos de la costa, detrás de los cangrejos ó los pescaditos que dejaba presos la bajante, y la otra mitá, tirao al sol sobre los albar-dones cubiertos de verde oloroso y blandito.
- LUISA**—Pues por eso es que ella tambien ha salido capincha como vos.
- BASILIO**—A la cuenta.
- LUISA**—Ya lo creo; como que es mas lindo eso que echar el alma por la boca, lavando los atadazos ansina de ropa, y después, como descanso, á cocinar pa que coman muy á su gusto los que echan pella acostaos y morronguiando como gatos.
- BASILIO**—Si lo decís por mí, sos una desagradecida, Luisa. Ya sabés que no he sido yo quien se ha cansao del trabajo, sino el trabajo el que me ha castigao de esta suerte.
- LUISA**—¡Si no le digo por vos, hombre! ¡Ya saliste ladrando á los cuises como perro e chacarero! Lo digo por esa descastada....
- BASILIO**—Ni por esa tampoco. Esa tiene adentro la juventú, ques como agua hirviendo que hace dar saltos hasta á la tapa é la caldera. ¿Te gustaria mas verla en la cama, tosiendo y manchando con sangre el pañuelo,

como la niña Teresa, la hija de Doña Bernabela, por más que sea dueña de tuito esto y de la quinta de la barranca?

LUISA—¡Callate hombre!

BASILIO—¿No ves? ¿Y no le has oído decir tantas veces á la misma niña: «¡Cuanto daría yo por ser como Rosario!»

LUISA—Esas son cosas que dicen los ricos por decir algo. ¡Amalaya cambiáramos!

BASILIO—¡Nos moriamos todos, Luisa! Ellos, á juerza de intemperie y durezas de la vida, y nosotros, ahogaos por las comodidades, ó de algun cólico corrao á juerza de comer guisotes á la gringa. ¡Dejate é pavadas, hombre! Asigun sea el pájaro, ansina tiene que ser el nido. La custion está en saberse contentar con él y conservarlo.

LUISA—Eso es: condenaos al rancho viejo y aujeriao, pa toda la vida.

BASILIO—¿Y de ahí? ¿Ande has visto nunca que al hornero le diera por hacer casa de altos?

Después, no digas que la muchacha es tan enteramente...Ella sabe leer...

LUISA—Gracias á las hermanas....

BASILIO—(Gueno: y hace versos, y canta...

LUISA—Lo que oye á la niña Teresa.

BASILIO—Gueno: Tamien ella le lleva tuitas las mañanitas la leche de burra....

LUISA—No dá una puntada.

BASILIO—Con la auja será, porque lo ques con los ojos...

LUISA—Esa es su perdicion.

BASILIO—¡Perdicion!... La de otros, Luisa... ¡Bah! ¡No digas sonceras! Mirá: ninguna mujer se ha perdido nunca por los ojos. Fijate en lo que don Eduardito le dijo el otro dia..

LUISA—Ese es otro que tal. De novio con Teresita, y aura como la ve á la pobre que se consume como una vela é baño, á echar piropos á todo el mundo....

BASILIO—¡Bah! ¿Tamien lo querés hacer cura é don Eduardo? ¡No seas triste, hombre! Si el hombre joven, siempre es como dorao pa las mojarritas.

LUISA—Que sea lo que quiera, pero que no venga por acá á andar coliendo, porque en un redepente va á ver lo ques una vieja el agua. (*se pone á lavar en la batea*)

BASILIO—Pues ya puedes mostrarle eso, porque ahí lo tenés.

Mas á tiempo, ni sota e bastos que dicen ques salido-
ra en puertas.

ESCENA II

DICHOS Y EDUARDO (*Foro izquierda*) Luego ROSARIO (*Foro derecha*).

EDUARDO—Muy buenas tardes.

BASILIO—Ansina se las de Dios, Don Eduardo.

EDUARDO—(*sonriendo á ña Luisa que le dá la espalda*) Muy buenas tardes, ña Luisa.

LUISA—(*volviéndose á medias y haciéndose la sorprendida*) ¡Ah! ¿Como te va cachafáz?

EDUARDO—Aburrido.

LUISA—De no hacer picardias, tal vez.

EDUARDO—Nó, ña Luisa. De no hacer nada, ó mejor dicho: de hacer siempre lo mismo. San Isidro este año es un ópio. Las muchachas, todas con novios; es decir: las muchachas presentables, por que de esas iguales á la morralla que se echa al agua cuando se saca la red. ...¡puf!..de esas hay cardumen! (*se acerca á ña Luisa*) ¿Que está lavando?

LUISA—¡Sali de aquí curioso!... Pero y vos ¿pa que querés si ya tenés novia?

EDUARDO—¿Yo?... ¡Ah! Si... Pero Vd. sabe que es como si no la tuviera.

LUISA—¿Porque?

EDUARDO—¡Vaya una pregunta!... ¿y la Gaviota?

LUISA—¡Che! ¡Baja la prima, que tiene nombre!

EDUARDO—Pero ese le queda mejor, ña Luisa. Vd. le puso Rosario, sin contar con que la muchacha le había de salir poco afecta á las prendas religiosas. ¿No es verdad nó Basilio?

BASILIO—Ansina no mas es. Hay nombres como pa la risa.... Mire que llamarme yo Basilio Velóz, y no poderme mover aura sin muletas, es cuanto se puede dar.

EDUARDO—¿No ve?

LUISA—¡Bah! ¡Dejate é pavadas, che! Bastante movedizo has sido cuando joven. Aura las estás pagando tuitas juntas. ¿Y como se halla la niña?

EDUARDO—¿Quien? ¿Teresa? ¡Psich! Mejor... Es decir: con la mejoría de los tisicos....

LUISA—¿Pero endeveras, está?...

EDUARDO—Y según parece sin remedio....

LUISA—¡Con que frescura lo decís, che!

EDUARDO—¿Y como quiere que lo diga? ¿Acalorado y gritando?

LUISA—No, hombre.... pero se necesita no tener corazón....

EDUARDO—¿Para ser tisico?

LUISA—No; para ser sinvergüenza.

EDUARDO—Gracias, ña Luisa.

BASILIO—No le haga caso Don Eduardito. Usté sabe que esta ha errao la vocación.

EDUARDO—¡Como!

BASILIO—Debia haber sido vigilante.

EDUARDO—(riendo) O cura del pueblo.

LUISA—Ya sé porqué lo decís, che. Hace muy bien el señor Cura en tratarlos á Vds. como los trata. ¿O se han craido que la iglesia es circo e pruebistas?

EDUARDO—Pero... ¿usted sabe?...

LUISA—Si ya sé que los otros dias les sobó la badana dende el púlpito, y que ayer los echó á arrenpujones pa la calle. ¡Muy bien hecho! Pa chicoliar con las muchachas, está el «Puerto», el «Bosque Alegre» ó el «Ombú de la Esperanza».

EDUARDO—Pero la casa del Señor es de todos.

LUISA—De todos los que van á hablar con el Señor, pero no pa los que van á hacer guñadas á las mocosas.

EDUARDO—Bueno, ña Luisa. Ya veo que estoy en la mala con usted. Aquí, los únicos que me quieren bien, son ño Basilio, y la Gavio.... digo: la Rosario....

BASILIO—Lo que es yo, no me meto....

EDUARDO—(mirando hacia la playa) ¿Pero ande andará ese pájaro? (canto de Rosario dentro y lejano)

BASILIO—Ahí viene cantando. ¿No la oye?

EDUARDO—Es verdad... Voy.... (haciendo acción de ir en su encuentro. Ña Luisa lo detiene)

LUISA—¡Quieto el pescao!

EDUARDO—Pero ...

LUISA—Si la querés ver, aquí, y como Dios manda.

BASILIO—¡Luisa!

LUISA—Aura la voy á hacer cantar yo. (dirigiéndose al fondo)
¡Veni, veni vagamunda!...

ROSARIO—(dentro canta)

«Los pajaros tienen alas
«Para volar á lo léjos,

«Y cuando se van, los sigue
«Volando mi pensamiento»

LUISA—Aurita te voy à hacer volar yo, con una é membrillo.

EDUARDO—Déjela ña Luisa. ¡Canta tan bien!

ROSARIO—(dentro, canta)

«Nadie en el mundo me entiende
«Y por eso á nadie quiero.
«Por eso hablo con la playa
«Con los árboles y el viento.»

LUISA—¿No ven la condenada? ¿No dice que no quiere á naides?

EDUARDO—No lo dice ella. Lo dice la copla, ña Luisa..... Yo sé que eso no es verdad.

BASILIO—¡Claro! Eso es cantao. ¡No te acordás de las relaciones que te echaba yo cuando eramos mozos y bailabamos el gato? ¿No te decia siempre que m'iba à morir? ¡Mirà, pues si me he muerto!

ROSARIO—(cantando dentro, cada vez más próximo)

«Tardecita, tardecita,
«¡Que triste te vas poniendo,
«Con esa sombra llorrosa
«Que va enlutando tu cielo!»

(Más cerca)

«Que venga pronto la noche,
«Que salga pronto el lucero,
«Para poder darle á solas
«Todo el dolor de mi pecho!»

(sale por el foro (derecha) y sorprendida exclama:

¡Ah! (hace ademán de irse)

EDUARDO—¡Bravo! ¡Bravo!..., No te vayas Rosario. No seas huña.

LUISA—¡Veni pacá, langosta saltona!...¿No oias que te llamaba?

ROSARIO—Para Usted, madre (presentándole un pescado) Muy buenas tardes.

BASILIO—¡Che! ¡Mira que dorao!

LUISA—¿Diande lo sacaste?

ROSARIO—Era el mas lindo de la red. Me lo dió Martiniano.

BASILIO—¡Que agallas, che!

EDUARDO—¿Las de Martiniano? No veo.

BASILIO—No, las del dorao.

LUISA—¡Y está vivo!... Bueno; siquiera has servido hoy pa algo.

EDUARDO—¿Comó hoy! Yo veo que Vd. es injusta con Rosarito, ña Luisa.

LUISA—¡Ah! Si pa ustedes, los padres siempre semos tiranos pa los hijos, mucho mas si estos son malcriaos y nosotros queremos hacerlos cair en la güella.

BASILIO—Gueno: Se acabó. Don Eduardito no viene aqui á oír sermones como los de allá arriba.

LUISA—Pues que se vaya ande no los prediquen

EDUARDO—(riendo) Eso es echarme, ña Luisa.

LUISA—Yo no t'echo, ché. Le contesto al rengó que siempre se mete de componedor de los otros, y que no ha de tener uñas pal oficio, cuando no ha podido hacer con su pata lo que quiere hacer con los demás.

BASILIO—No le haga caso, niño; usted sabe que esta es como el mangangá, que resonga hasta cuando chupa la miel de las flores.

LUISA—¿Y vos? Lambiendo y moviendo la cola á todo el mundo, como perro chico.

BASILIO—Andá! Andá, á cocinar el dorao que será mejor.

EDUARDO—Yo me convidó á la cena. ña Luisa.

LUISA—¿Porque no vas priméro á ponerte el coludo, como cuando vas comer á lo de Anchorena? ¿No sabés que aqui no hay mas que una sola juente e lata y dos cucharas?

EDUARDO—Mejor.

LUISA—¿Como mejor?

EDUARDO—¿Claro! Porque asi haremos cuarteto.

LUISA—Cuaterno querrás decir.

EDUARDO—Bueno, es lo mismo. Una cuchara para Vd. y ño Basilio, y otra para Rosario y par. mi. ¡Arreglado!

LUISA—Mejor seria que te fueras á cuidar á tu novia allá arriba.

EDUARDO—Dejemos eso, ña Luisa.... (á Rosario que hace un gesto displaciente y hace como que se va) No te vayas Rosario... ¿O también vos sos de opinión que estorbo?

ROSARIO—¿Yo?... Yo no tengo opinión.

BASILIO—Eso es. Lo mesmo quel tendero Don Venancio, que dice que entre crudos y cocidos, está por los chamuscaos. ¡Ché! ¡Luisa! (á Eduardo) No le haga caso á esta idiosa, Don Eduardito. ¡Che! ¡Luisa!... Oi pues.

Ayúdame un poco hasta la cocina. Te voy á soplar el fuego. Para eso entuavía sirvo.

EDUARDO—(*tratando de ayudarlo*) Espérese, ño Basilio... yo...

LUISA—No. Sali de acá. Dejámelo no más.

ROSARIO—Yó tatita.

LUISA—¡Andá pa allá mamboreta!...

BASILIO—(*á Eduardo*) No se incomode.

LUISA—A ver, á ver... (*lo quiere levantar y le pasa el pescado por la cara*)

BASILIO—¡Pero dejá el pescao, mujer! ...

LUISA—No te estorba, ché.

BASILIO—(*apoyándose en su mujer y en la muleta*) ¡Upa! Quedesé no más Don Eduardito.... Anque diga sonceras, la vieja no cabe en ella de gusto cuando ustedé come con nosotros. Si esta es como un tigre que tienen en su corralon los Casares, que le han sacao los dientes y le han cortao las uñas. Asusta, pero no lastima. (*Van andando hacia adentro. Rosario los sigue*)

LUISA—Si; fiáte no más.

BASILIO—Güeno.... Aura ya voy en cinco patas.... Muchas gracias Don Eduardito... Con esta y la muleta, la corro á palo seco.... ¡Eh! Cuidao, cuidao que no soy fierro-carril!... (*á Rosario*) ¡Che! Quedate vos á hacerle compañía á Don Eduardo.

LUISA—Y mucho juicio ¿eh?

EDUARDO—¡Caramba! ¡Na Luisa!...

BASILIO—¡Pero no seas ordinaria, mujer!

LUISA—No, ché: ¡Si yo sé con los bueyes que aro!

(*entran al rancho*)

ESCENA III

ROSARIO Y EDUARDO

(*Después de una pausa en la que quedan como indecisos los dos*)

EDUARDO—(*señalando el tronco de árbol*) Sentate aquí Rosario.

ROSARIO—(*fluctuando*) No estoy cansada.

EDUARDO—Sentate te digo. . ¿O no te gusta estar aquí, á mi lado?

ROSARIO—(*sentándose*) ¿Yo?... (*pausa*)

EDUARDO—¡Caramba! ¡Te has hecho mujer en pocos días!

ROSARIO—(*riendo*) ¡Como mujer! ¿Y qué era antes?

EDUARDO—¿Antes?... Pues... eras eso... como te llaman por ahí.

ROSARIO—(*id.*) ¿Gaviota?

EDUARDO—Eso es.

ROSARIO—¿Y ahora? ¿Ya no lo soy?

EDUARDO—Ahora me vas pareciendo cisne.

ROSARIO—¿Deveras?

EDUARDO—¿Que bonito era eso que cantabas! ¿Quién te lo enseñó?

ROSARIO—No lo sé.

EDUARDO—¿Como! ¿No lo sabes? Lo habrás leído en alguna parte.

ROSARIO—En muchas.

EDUARDO—¡Ah! ¿Te aplicas entonces. Lees á menudo....

ROSARIO—Siempre. Hasta durmiendo.

EDUARDO—¡Hombre! ¿Eres sonámbula?

ROSARIO—Yo no sé lo que soy. Pero para cosas de aquí adentro, yo no necesito libro y leo en todo, lo que siento y despues repito como si lo hubiera aprendido.

EDUARDO—Cuéntame, cuéntame eso.

ROSARIO—Se va Vd. á reir.

EDUARDO—(*con aire de reproche*) ¿Como usted? ¿Desde cuando me tratas con esa ceremonia?

ROSARIO—Yo....

EDUARDO—¿No nos hemos criado juntos? ¿Tu como yo, no hemos aspirado desde niños este mismo ambiente? ¿No hemos corrido por debajo de esos árboles? Si las arenas de la playa no fueran tan mudables y movedizas, como parece que son tu memoria y tu corazón, ¿no guardarían aún la huella pequeñita de nuestros pies de niños, cuando descalzos, las atravesamos los dos corriendo tras la espuma fugitiva de las olas? ¿Me he envejecido tanto para que te asalte ese respeto por mi persona, que levanta una valla oscura y fría entre el luminoso afecto de nuestra vida? ¿Bah! Rosario! ¿Rosario! Tú que eres una hoja de esos árboles, una luz de ese cielo, un cabrilleo de esas ondas, una ráfaga de esa brisa, un perfume de esas flores, un pájaro de esos nidos, un gorgo de esos pájaros.... ¿Porqué te sujetas y te sometes á la ley ridícula que impone entre los seres distancias y jerarquias? ¿No me contestas? ¿Porqué?

ROSARIO—Porque si... Porque así debe de ser. porque yo soy tal vez todo eso que Vd. ha dicho, pero Vd. es de allá arriba, de donde todo eso se aleja, se borra y se olvida.

EDUARDO—Mal lo prueba, Rosario, mi insistencia en venir á buscarte. Mal lo prueba mi indiferencia por los goces que me ofrece, *alla arriba*, como tu dices, mi posición y mi nombre. Mal lo prueba, en fin, mi desprecio por las amenazas que de una manera anónima se me han hecho, como queriéndome intimidar, si es que persistía en acercarme á ti. Ahora....no sé si verdaderamente te soy repulsivo...No tengo la vanidad de creerme irresistible...pero...como nos hemos querido tanto antes...¿Te acuerdas?

ROSARIO—Siempre.

EDUARDO—¡Ah! ¿No ves?

ROSARIO—¡Siempre! Y siempre con un placer tan dulce aquí dentro!... Yo no sabia entonces nada de la vida, y creia que aquello iba á durar, á durar, hasta que viniera la muerte...No, la muerte tampoco, porque yo no creia que se murieran sino los viejos...y como nosotros íbamos á ser siempre niños!

EDUARDO—¡Rósario!....

ROSARIO—Despues, supe en un dia, en menos tiempo del que tarda en caer una rama seca desde la copa de un arbol, que el dolor es tan traicionero como la hortiga, que se confunde con las hojas olorosas de la bergamota, y desde ese dia, mi alma se encogio como los cuernitos de un caracol dentro de mi misma, y me hice arisca y salvaje hasta con mis mas tiernos cariños.

EDUARDO—Tal vez yo.....

ROSARIO—No, Vd. no... El destino... Bueno...Hablemos de otra cosa....¿Que tiene Vd.?

EDUARDO—Nada, nada....Sigue no mas...Habla de lo que quieras...Lo merezco.

ROSARIO—(*pasándose las manos por la frente y cambiando de tono*) Se ha hecho Vd. dormilon.

EDUARDO—(*malhumorado*) ¡Hum!...

ROSARIO—Ayer fué mi madre á la quinta, y le dijeron que Vd estaba en el primer sueño...y el sol estaba allá... ¡alto! ¡alto!... Habria Vd. velado... ¿No?... Pues bueno... Yo ya estaba de vuelta en casa, despues de visitar mis nidos, y me traia un manojo así de flores de caña, de aquellas blancas y olorosas, que se crian en los ricones mas oscuros del Bosque Alegre... ¿Se acuerda?... Le voy á traer una para que se la ponga en el hojal. (*medió mitis*)

EDUARDO—(*displícite*) No te incomodes.

ROSARIO—¿Como! ¿Tampoco quiere Vd. ya á las flores del bosque?

EDUARDO—No Rosario ;Son las flores del bosque las que ya no me quieren á mi!

ROSARIO—Se engaña Vd.

EDUARDO—¿Como!

ROSARIO—No hay vez que vaya á visitarlas, que no me pregunten por Vd. “¿Y Eduardito?” me dicen, con un sahumero tan suave!...

EDUARDO—¿Ah! ¿Ellas me tutean?... ¿No ves?...

ROSARIO—No; es que ellas lo creen á Vd. todavía, así, chiquitín y sin malicia,... como cuando atravesábamos los dos la arena de la playa con nuestros piés descalzos.

EDUARDO—¿Rosario!

ROSARIO—¿No! ;Gaviota! ;Gaviota!.. ;Digame Vd. gaviota!... Si desde entonces me llaman así, como á Vd. chorlito... ¿Se acuerda?

EDUARDO—(*riendo*) ;Como no!

ROSARIO—Fué el viejo Selaya el que nos compuso aquellos versos....

EDUARDO—Si, si... Es verdad... ¿Como eran? che!

ROSARIO—¿A ver?... (*recordando*) Allá van!... Allá va...»

EDUARDO—Eso es...

ROSARIO—Espere Vd....

«Allá vá la Gaviota
«Con el Chorlito,
«Volando ala con ala,
«Pico con pico....»

(*ríen los dos*)

EDUARDO—«Pico con pico» ;Y era cierto!... Porque vos entonces me querías y volábamos así.... «Pico con pico».... (*acercándosele*)

ROSARIO—¿Cuidado, cuidado!... ;Mas respeto con el cisne!...

EDUARDO—Pero....

ROSARIO—Le voy á traer la flor de caña.... Aunque, mejor será que no la traiga, porque luego irá Vd á ver á Teresita, y tendrá que tirarla.

EDUARDO—¿Tirarla! ¿Y porqué?

ROSARIO—Porque.... porque no se puede entrar con flores... Ayer le llevé un ramo de ellas, y no me permitieron que se las diéra, porque dicen que el olor de las flores le hace mucho daño.... ¡Pobre!...

EDUARDO—No importa; dámela. la esconderé aquí dentro...
(señalando el bolsillo interior del saco).

ROSARIO—¡Bah! ¿Usted no sabe que á las flores salvajes no se les puede esconder, porque se mueren en seguida?

EDUARDO—¡Cierto!

ROSARIO—La flor del campo, es una cosa extraña. Hay en ellas, así, como una mezcla de orgullo y de humildad. Perfuman de noche muy suavécitas, abriendo sus hojas, casi siempre blancas, en las sombras, y cerrándolas como con miedo á la primera luz del día. Las corta Vd., y al ratito ya están como desmayadas, y si Vd. se fija, verá una lágrima que rueda del fondo, como si dijéramos, del corazón, y esa lágrima se lleva el último suspiro de su aroma!....

EDUARDO—(entusiasmado) ¡Rosario! ¡Eso es una poesía!.....
¿Quién te ha enseñado eso?

ROSARIO—Las mismas flores.

EDUARDO—Pero es que te expresas....

ROSARIO—Como siento. Yo me educo á mi modo.

EDUARDO—¡Me sorprendes! Te creía un ser....

ROSARIO—Vulgar ¿no es verdad?... Y lo soy por mi clase, por mi vida, por mis gustos.

EDUARDO—¡Ah! Eso no....

ROSARIO—¿No me vé Vd.? Vestida de este modo.... quemada por el sol.... vagabunda, huraña.... viviendo en esa cueva... sin que nadie se interese por mi, ni me entienda.... A veces compadecida, otras, maltratada... ¿Que quiere Vd. que sea?... La Gaviota, y nada más que la Gaviota.... ¿Quién sabe lo que piensa Vd. mismo de mi?

EDUARDO—¡Yo!

ROSARIO—Si; Vd., y como Vd. tantos otros... A! ¡In yo no puedo mandar en el pensamiento ajeno, ni poner la mano sobre la boca de las murmuraciones. Yo soy una hija de la intemperie. Vivo en libertad, y la libertad, aunque es muy linda, suele ser muy peligrosa.

EDUARDO—¡Rosario! ¿Porqué no me has hablado así jamás?

ROSARIO—Porque Vd. no me ha interrogado nunca, Don Eduardo. Porque Vd. ha venido siempre á mi con unos ojos tan raros, una sonrisa tan burlona, un ademán tan resuelto, que los cuernitos del caracol se han encojido y metido dentro, y he rodado como una piedrita cualquiera, de las que Vd. empuja con el pié en su

~~camino~~. Después... ¿qué le puedo decir yo sino estas sonceras, hijas de la soledad campesina?

EDUARDO—¡Pero encantadoras!

ROSARIO—(*soñadora*) Allá arriba están las niñas que nacieron entre la seda y la batista.—Ellas se cuidan, se adornan, se perfuman.—Han visto todas las grandezas de la tierra. Hablan en su lengua con todos los hombres de otros países. Cantan como diosas, acompañándose en el piano ó en el arpa. Pasan en sus coches, y una queda por mucho rato con los ojos deslumbrados por su belleza y por su lujo... y Vd. vive con ellas, Don Eduardo... y ahora se hace el asustado oyéndome hablar á mí un poco racionalmente... ¡Bah! ¡Bah!

EDUARDO—¡Porque eres un astro! ¡Porque brillas!...

ROSARIO—(*riendo*) Si, como un bichito de luz, comparado con una estrella.

EDUARDO—Mira Rosario... ¿Crees en las brujería?...

ROSARIO—Segun sean ellas.

EDUARDO—No, si no te hablo de las adivinas que echan las cartas, ni de las que leen el destino en la palma de la mano, ni...

ROSARIO—Ya, ya....

EDUARDO—Esas son supersticiones estúpidas, ó groseras mistificaciones... Las brujerías están en el alma de una mujer, en el sonido de su voz, en el encanto de su palabra, en la seducción de su sonrisa, en el fluido mágico de su mirada... ¿De que te ries?

ROSARIO—(*riendo*) De que Vd. también hace versos, Don Eduardo... ¡Ya me lo habían dicho!

EDUARDO—PERO no como los tuyos, Rosario. Tu tienes la poesía en ti misma, y yo tengo que buscarla en ti para que se me ocurra algo.

ROSARIO—(*riendo*) ¿Entonces es Vd. retratista de versos?... Pues me voy á estar quieta para que me saque bien en coplas (*posando con coquetería*) ¿Así estoy bien?...

EDUARDO—¡No, no por Dios! ¡No juegues, no te chances! No me ocultes tu espíritu... Ofrecémelo espontáneo, franco, sencillo...

ROSARIO—¡Oh! ¡Eso es mucho pedir! Eso lo doy cuando estoy sola y hablo con quienes me escuchan en silencio y no me miran de ese modo y con esos ojos... Con mis arboles, con mis pájaros, con mis flores...

EDUARDO—¿Te asusto entonces?

ROSARIO—No, señor, no: me distrae, solamente.

EDUARDO—Te asusto, sí, y por eso, por que me temes, no te me confías, ni me das el tratamiento que siempre me has dado

ROSARIO—¿Yo?

EDUARDO—No quieres acortar distancias conmigo, porque alardeas de una fuerza de que no está seguro tu corazón.

ROSARIO—¿Que cosas tiene Vd.!

EDUARDO—Mirame entonces.... No; si no puedes mirarme fijamente, porque esos ojos en los que vaga una sombra de bosque, un cabrilleo de agua, un destello de sol, son bastante puros y sinceros para ocultar la emoción que sientes a mi lado. No trates de sonreír, no; ¡sí es vano! Hay en tus labios un temblor de súplica y una angustia suprema de pasión que los agita trémulos, mientras un hálito de fuego los entreabre para desahogar el volcán de tu pecho.... *(Rosario se levanta y se aparta temblorosa, mientras Eduardo se le acerca con pasión)* Ven,.... ven.... No me huyas.... Tu que sabes mirar en la sombra... ¿no ves como nuestras almas ya se estrechan en un abrazo amoroso? *(Rosario se pasa las manos por los ojos angustiada)* ¿Lloras?... ¿Lloras? ¿Rosario!...

ROSARIO—*(huyéndole)* ¡Dejemè! ¡Dejeme Don Eduardo!

EDUARDO—No, no; ven aquí, a mis brazos.

ROSARIO—¡Ah!... No, no.... ¡Dejeme Vd.!

EDUARDO—Yo te amo y....

ROSARIO—¡Suelta Vd.!

EDUARDO—¡Rosario!

ROSARIO—¡Oh!

EDUARDO—Oye.... Escucha.

ROSARIO—No! *(al huir por el foro derecha, angustiada y como en una gran explosión de dolor)* ¡Con que derecho se me ha entrado Vd. en el alma!

(Vase corriendo. Eduardo quiere seguirla gritando)

EDUARDO—¡Rosario! ¡Rosario!

ESCENA IV

EDUARDO Y ÑA LUISA

que sale del rancho

LUISA—¿Ande va esa loca? *(á Eduardo que se detiene)* ¿Qué le has hecho?

EDUARDO—¿Yo? Nada.

LUISA—¿Como nada?... Mirá: á mi no me vengás con mogigaterías. Yo te conozco y sé que sos un colsario. Pero tené cuidao ¿eh? porque aunque te parezca que esta es casa de mujeres solas y de viejos tullidos, no me ha é faltara un perro bravo.

EDUARDO—¿Pero ña Luisa! ¿Está usted en su juicio? La Gaviota....

LUISA—Te he dicho que tiene nombre.

EDUARDO—Pues bueno: Rosario, ha volado porque le ha dado la gana. ¡Parece que Vd. no la conociera!

LUISA—Güeno. Ansina será... Pero no creas que me doy por vencida.... Andá á divertirte con las de tu laya... ¡che!

EDUARDO—¿Dale!.. ¡Pero si yo no me divierto con nadie!

LUISA—¡Hum ... (*remendándole*); «No me divierto con naides!» ¿Vos te has craído que yo soy de las que se chupan el dedo?... Decime: ¿Qué andabas haciendo las otras noches al escurecer por el terreno bandido que está al ladito é lo é Makinlay?

EDUARDO—¿Yo?

LUISA—Sí; vos. Yo venía de las «Catorce Provincias» de visitar á mi comagre Canuta, la mujer del sargento....

EDUARDO—Sí, sí; ya sé....

LUISA—Cuando en esto, cata aquí el mono....

EDUARDO—¿Como el mono?

LUISA—Vos, pues.

EDUARDO—¡Ah!

LUISA—Que trepaba la barranca, pal lao é las higueras viejas de arriba.

EDUARDO—Iria....

LUISA—Sí, á comer brevas.... ¿En que andaré este paine, me dije pa mi rebozo, y me quedé aguaitando detras de los ñapindaces del potrero de abajo

EDUARDO—Hizo Vd. muy mal, ña Luisa.

LUISA—Pues hice muy bien, porque ansina no se me reben-tó la yel.

EDUARDO—¡Claro! Porque como no paso nada....

LUISA—Mirá... No seas sonso, ché, y otra vez que tengas que conversar con la destornillada de la mujer del..

EDUARDO—¡Callese Vd. por Dios!

LUISA—No la llevés á la punta é la barranca, y con el cielo claro tuavía, allá puel lao é las lomas... Mira: si no me hubiera dao tanta rabia, por ella, sobre todo

ques una... me hubiera puesto à rair, porque parecia lo mesmo que una junción de titeres.

EDUARDO—Pero Vd. no vió...

LUISA—¡Callate te digo! ¡Sin vergüenza!... ¡Y la pobre niña Teresita, engañada y muriéndose!... y ese otro desgraciao del boticario...

EDUARDO—¡Cállese ña Luisa!

LUISA—Pero ese, te da veneno pa los ratones, ché, si cae del burro... ¡Cachafáz!... ¡Mirá que traza e lagartija! Pareces el pelao de mi comagre, che, que de puro acalorao anda hasta detras de las gallinas... Si; hacete aura el cacaceno... Pero mira: lo ques acá, no te me vengas con mogigaterias, Duardo, ni haciendote el muerto como perro é soldao, porque en cuánto te resfalés, te desconozco y te abro la canal, como dice el medico Diaz (*cambiando de tono*) Ché: Ya sabés que aqui no hay mas vino quel del Rio de la Plata... Conque así...

EDUARDO—¡Caramba! Si hubiera pensado antes hubiera mandado buscar...

LUISA—Si; con el negro de los pies quemaos. Ya sabés que à los sirvientes les he dao puerta franca...

EDUARDO—¡Que ña Luisa está!... Tal vez Martiniano...

LUISA—Si; ¡ya te va à hacer mandaos Martiniano!... ¡Como es tan humilde! y despues; ¡te quiere tanto!

EDUARDO—¡A mi? y ¿porqué no?... Yo no le hecho nada jamás! En casa es el pescador preferido.

LUISA—¡Ah! Pa su negocio eso si; pero pa andar de acarriador tuyo... ¡diandel!

EDUARDO—Vd. se lo podia pedir...

LUISA—(*con altivez*) ¡Yo!... Yo no pido servicios à naides; ché; y à los hombres, menos. ¿Vés estos dos brazos quemaos por el sol y curtidos por la lejia? ¿Vés estos dedos llenos de ñudos que parecen troncos de ese membrillal? ¿Vés estos hombros güesudos pero fuertes? ¿Vés esta cabeza que cubre esta clin dura, pero que no se cai ni de la calavera abajo e tierra?... Pues esto dice à gritos «trabajo y miseria», pero también dice otra cosa: «libertá y orgullo». Al único á quien yo le pido es à Nuestro Señor, y cuando creo que él está muy ocupao, me entiendo con la Virgen. Si la Virgen no me oye, entonces me les voy encima y à mi modo à San Isidro y Santa Maria de la Cabeza, y como ellos han sido jentes como nosotros, de trabajo y sufrimientos, no suelo hacer al ñudo el viaje, y si

no me dan todo lo que les pido, no me mezquinan por lo menos una cosa, que es lo principal y lo que mejor aprovecha: «la salti»... (*cambiando rápidamente de tono*) ¿Querés comer aqui, ché, ó en la cocina?

EDUARDO—Donde Vd. guste, ña Luisa.

LUISA—Aqui está mejor.... ¿No te parece?.... Habrá que acarriar de nuevo al tortugón ese de Basilio....

EDUARDO—(*haciendo acción de ir á buscarlo*) Yo voy....

LUISA—(*interponiéndose*) Dejate estar vos.... ¿Pero ande se habrá ido esa condenada? (*llamando*) ¡Rosario! (*pasa Martiniano por el foro, de derecha á izquierda*) ¡Rosario!... No; á mi naides me quita é la cabeza que vos le has dicho ó le has hecho algo... (*amenazándole*) ¡Mirá cachafaz!... (*llamando*) ¡Rosario! (*reparando en Martiniano*) ¡Ché! Martiniano, vení (*Se acerca Martiniano, mirando de reojo y como con prevención á Eduardo*).

ESCENA V

DICHOS Y MARTINIANO

LUISA—¿No has visto á Rosario?

MARTINIANO—Puái andaba puentre el membrillal.

EDUARDO—¿Como te vá Martiniano?

MART.—(*con mal modo*) Ya lo vé.

LUISA—¿Y no hablaste con ella?

MART.—¡Yo!

LUISA—Sí; hacete tamien aura el que no la conocés. Será al ñudo que le regalás doraos.

MART.—(*turbado*) Ella tamien ayuda....

LUISA—¿Ayudá? ¿A qué?...

MART.—A atajar los juidores, pues. Hay cada lisa de esas que son com volantinas pa saltar la sirga de la red.

LUISA—Ella es la que necesita ^{que} la atajen. ¿No vés? Estaba con este (*por Eduardo*).

MART.—(*mirando receloso á Eduardo*) ¡Ah!

LUISA—Y en un red repente, la locura, y el volido. Ya que la vistes: la hubieras arriao pacá.

MART.—Si; ¡el mas apropósito! Si no la veo en la playa, lo ques en el monte... en cuanto me columbra, se hace humo. Y si la quiero hablar... ¡Dios nos libre!... Si es como mastin de casa rica que en cuanto ve un pobre, ya se encrespa y amuestra los dientes.

LUISA—Es que te ha de haber tomao olor á sonso, che.

MART—¡Que se yo!

EDUARDO—¿Vas para el pueblo Martiniano? (*Martiniano se hace el que no lo oye*)

EDUARDO—(*alzando la voz*) ¡Che! Martiniano! ¿No has oido?

MART.—(*displicente*) ¿Hablaba conmigo?

EDUARDO—No; con el pitaco ese.

MART—!Ah! Dispense... creiba...

EDUARDO—Te pregunto si vas para arriba.

MART.—Yo no sé. (*dandole la espalda*) Güeno, ña Luisa, hasta mañana, y digale á ño Basilio que no me he olvidao de lo que me encargó

LUISA—(*sigue lavando*) ¿No querés cenar con nosotros?

MART—Otro dia cuando no haiga tanta gente

EDUARDO—¡Tanta gente!

MART.—Güeno. Adiosito. (*medio mutis por izquierda*).

LUISA—Andá con Dios.

EDUARDO—(*ap.*) ¡Pedazo de bárbaro! Este ha de ser tai vez el que... ¡Bah!...

LUISA—¡Ché! ¡Martiniano! (*este se detiene en el fondo*) Si ves á la comagre Canuta, decile que la gata negra ya tiene cuatro gatitos, y que hay uno negrito, ansina, que se le parece mucho. (*sentimiento de Martiniano. y váse por foro izquierdo*).

EDUARDO—¡Como! ¿A la Canuta?

LUISA—¡Ay que gracia! ¡Echa la babita! ¡No ois, animalito é Dios, que le digo que se parece á su magre?

EDUARDO—(*riendo*) Pues que le aproveche... ¿Pero ha visto el guaso ese, ña Luisa?

LUISA—Tomá apunte, che ¿Que te parece? Como pa encargarle el vino ¿eh? ¿No te dije? Si juece veneno te lo traiba á la juria.

EDUARDO—Pero ¿porque?

LUISA—Porque sos como halcón pa las muchachas pobres. Porque apenas te ven se te arrimás á un rancho, ya empieza la disparada pa los yuyos y el cacareo.

EDUARDO—Maldades de estos brutos.

LUISA—No, che, no digas eso. Mirá que en cuanto empieza a soplar el sudeste, ya comienzan tamién los barquitos á ganarse detras de las islas. Por algo ha é ser, che.

EDUARDO—(*fastidiado*) Pues yo, derrepente, les voy á quitar las ganas de andar....

LUISA—Si: «Metete no mas al agua, sin maliciar ande hay pozos» güeno (*tuerce mas piezas de ropa y las coloca*

en la batea despues de volcarle el agua) Voy á cuartiar á Basilio, quel pobre estará hasta los ojos de ceniza de tanto soplar.

EDUARDO—Voy á ayudarle, ña Luisa.

LUISA—¿Que vas á ayudar vos, cachafáz?

EDUARDO—Voy á tender la mesa.

LUISA—¿A tender?... Como no te tendás vos en el suelo... ¡Dejate é pavadas!

EDUARDO—No, no; si quiero hacer algo....

LUISA—¡Bab!

EDUARDO—Vd. verí.

LUISA—Mirá; lo mejor que podrias hacer es... *(mirando hacia el foro, y refiriendose á Rosario)* ¿Pero ande se habrá ido esa pandorga coliadora? A la cuenta se les ha ido á meter á las hermanas... ¡Es mas hipótrica! Despues de pinguear por acá, redepente se hace la mosquita muerta, y va hacer comulgar con melones á las hermanas. ¡Si hasta les ha hecho creer que se va á meter tamien de monja!

EDUARDO—¡Ella!

LUISA—¿No ves? ¡Mirá que loteria pal convento! Güeno; mirá: lo mejor que podias hacer mientras traigo al viejo y arreglo todo esto, es arriarme pa las casas á la burra que ha e estar allá en el potrero nuevo.... ¡Velay! Ya tenes ocupación ¿ves?

EDUARDO—Bueno *(ap.)* ¡Que feliz ocurrencia! Asi la busco y..)

LUISA—Pero no vas á hacer payasadas, che, y me asustes al animal que es mas juicioso que vos. ¿Has oido?

EDUARDO—¡Valiente, ña Luisa! Voy!.... *(medio mutis por la derecha).*

LUISA—No, no.... Por ahí no; vas estraviado... Por allí.... Y no te vas á embarrar....

EDUARDO—Bueno.... *(mutis por el foro izquierdo.—Ña Luisa se queda un momento mirándolo alejarse y concluida su reflexión, hace mutis por el rancho).*

LUISA—¡Si no juera ques tan colsario! *(suspira)* Lo mesmo era el pagre—¡anima bendita!—pero aquel las mataba callando. *(vase)*

(Despues de una pequeña pausa, Eduardo aparece en puntas de pié por el foro-izquierdo—atraviesa el escenario hacia la derecha, diciendo antes de desaparecer).

EDUARDO—Que espere á la burra. Yo voy en otra descubierta. *(vase)*

ESCENA VI

TERESA *apoyada en el brazo del CURA, por la segunda caja de la izquierda*

CURA—Mirá. Teresita, hija mia: es una verdadera locura lo que haces y yo no debía permitir.

TERESA—¡Pero si me siento tan bien!

CURA—El convenio con tu mamá, misia Bernabela, fué que daríamos un paseito en carruaje, para que tomáras el sol y respiráras el aire puro de esta hermosa tarde de verano.

TERESA—Bueno; y así lo hemos hecho.

CURA—Pero no entraba en el programa esta caminata, sobre todo á estas horas en que ya el sol va cayendo y empieza el relente....

TERESA—*(bromeando)* ¿Donde está el relente?

CURA—¡Ah! No lo ves; pero lo respiras. El campo calentado por el sol durante el día, exhala á estas horas.

TERESA—Bueno, bueno; basta, Don Diego... Si ya se todo eso... *(reparando de pronto en el sitio en que se halla)* ¡Ay! ¿Pero aquí está el rancho de Luisa! ¡Que alegría! ¡Cuántas veces he jugado de niña por aquí, con Rosario y.... *(llamando)* ¡Luisa! ¡Luisa!.... *(toce)*.

CURA—¡No grites, que te hace mal!

TERESA—Dejeme Vd., dejeme Vd. Don Diego. lo que me hace mal son aquellas cuatro paredes en que me ahogo....
...¡Luisa!..... ¡Rosario!.... ¡No Basilio!..... *(sale Ña Luisa trayendo del brazo á ño Basilio, al cual abandona de pronto, así que aperece á Teresa. Ño Basilio se abraza de un pilar á horcon del corredor del rancho para no caer, y luego se sienta en su silla rústica que estará cercana)*.

LUISA—¿Quien?... ¡Ah! ¡Teresita! *(soltando á ño Basilio)* ¡Parate hombre!

BASILIO—Dejame no mas, yo me priendo aquí *(por el horcon)*

LUISA—*(acariciando á Teresa)* ¡Mi chiquilina! ¡Ah Señor Cura!...

TERESA—¿Luisa!.... ¿Que es eso? ¿Lloras? ¿Sonsa!

LUISA—¡Tanto tiempo!

TERESA—¿Estoy muy cambiada?

LUISA—No.....no.....¿Diande! ¡Si estás como una rosa! *(¡Pobrecita!)* *(á Basilio como por disfrazar su impresión)* ¡Pero traile una silla, hombre!

BASILIO—¡Amalaya pudiera!

TERESA—¡Pobre Basilio! ¿Como esta? (*Basilio quiere incorporarse y no puede*).

BASILIO—Yo..... Niña...

CURA—Espere..... espere....

BASILIO—No se incomode Señor cura ¿La bendición? (*le besa la mano*)

CURA—Dios sea contigo, Basilio, mi pobre amigo... Ya vamos cayendo como esta tarde.....

BASILIO—Ansina no mas es padre. (*sigue hablando bajo*).

LUISA—(*á Teresa*) Pero ¡que de tapao, hijita!... Y estás muy mejorada ¿no es verda?

TERESA—¡Ya lo creo! Y si me viniera á vivir aqui, con ustedes, como te lo he dicho tantas veces; me ponía pronto como.... ¡Ah! ¿y Rosario?

LUISA—Aurita no mas estaba aqui y en un red repente..... ya sabés como es ella..... ¡Puel aire!.... ¿Y que querés tomar hijita?..... Tenés las manitos calientes..... calientes. ¡Que señor cura este! ¡Quien sino usted habia de traer la virgen á este pobre rancho!

CURA—Ella quiso venir...

TERESA—Si, Luisa. El no queria. Me decia que estarias lavando, ó en el pueblo...

LUISA—¡Enjabonando, mujer!

TERESA—Martiniano fué el que nos dijo.....

LUISA—¡Ah! ¿Lo encontrastes?

TERESA—Si; y se empenó mucho para que viniéramos. «Vaya, vaya niña, que ahora es buena ocasión, me decia. Siempre se está acordando de usted».

LUISA—¡Como no, alcorcita de mi alma! Las veces que he peliao pa que me dejarán entrar á tu cuarto! Pero no afluejan en tu casa:--«Duerme, y usted es muy gritona», me decian.

BASILIO—¡Mira si te conoces!

LUISA—Pa eso tengo salú y güenos pulmones, che.

TERESA—(*suspirando*) ¡No tienes poca dicha!

LUISA—Es que soy ansina nomas de nacimiento. (*al cura*) Don Carlos, el otro cura que se jue, el Señor Palomares, me solia decir siempre: Na Luisa, ¡que güena seria usted pa corneta del juicio! Habia e ser broma del padre ¿no le parece? porque pa mi, el juicio es lo que mete menos ruido ¿no es verdá?

CURA—(*riendo*) Así es.

TERESA—(*á Basilio*) Pues si, viejito: Aqui me tiene usted cum-

pliendo con una obra de misericordia: Visitar los enfermos.

BASILIO—Ansina nomas es, niña.

TERESA—'ero ¡que hermoso está todo esto! Cada vez mas lozano, mas fresco, mas rejuvenecido....

BASILIO—Los arboles nos llevan esa ventaja, niña. Ellos cada año echan un retoño pa arriba, mientras nosotros, cada año tambien, echamos una rais pa la tierra.

LUISA—¡Bah! Dejate che de *goris-goris*. Pa eso está el Señor cura ¿no es verdá? (a Teresa) Conque ¿que queris tomar?... ¡Ah! aura vas á ver una cosa divertida.

TERESA—¿Que cosa Luisa?

LUISA—Nada, nada....

TERESA—(con mimo) ¡Bah! ¡Mala! ¡Dimelo!.... Ya sabes que soy curiosa.

LUISA—! ues bueno.... una pareja'...

TERESA—¿Novios?

LUISA—Si,.... vamos al decir..... yo no se si serán novios, pero él ha ido á buscarla.

TERESA—¿Quienes son?

LUISA—La bu..... No te lo quiero decir.... con que vamos á ver..... Yo como pobre, no puedo aqui ofrecer otros comestibles que un guen mate.

TERESA—No, no gracias. No te incomodes Luisa.

LUISA—¡Si no es incomodidá!..... Mirá: ya el rengo se agarró con el padre.

CURA—Se lo estoy confesando, ña Luisa.

LUISA—Eso es: confiesemelo no más; pero no crea que le va á sacar los pecaos con mojarrero. +se necesita anzuelo grande y empatillao con plomo, porque es mordedor como dorao.

BASILIO—Si; á la cuenta es por eso que vos me pescastes con lumbriz.

LUISA—¡Che! ¡No te apiés por la derecha, á lo carcaman! ¡Lumbriz! ¡Ya se lambía mas de uno pór esta lumbriz en aquellos tiempos! (voces dentro de Rosario y Eduardo) ¿Pero que barullo es ese? ¿A que es el cachafáz? ¿No lo dije? (mirando hacia dentro por entre los arboles) ¡Y la otra! ¡Que escándalo! ¡Eeh! (gritando).

(Sale corriendo Rosario, perseguida por Eduardo. Vienen riendo ambos, y al encontrarse con el grupo de Teresa, el cura, etc. se detienen sorprendidos, haciendo luego el juego escénico que indica el diálogo)

ESCENA VI

DICHOS Y ROSARIO Y EDUARDO

ROSARIO—(á Eduardo que la persigue) ¡Salga!... ¡Salga de aquí!... ¡Dejemel! (*reparando en Teresa, etc.*)

LOS DOS—¡Ah!

TERESA—(*sorprendida*) ¡Eduardo!

CURA—¿Que es eso?

EDUARDO—Nada..... nada..... arriábamos á la..... á la bufra.....

LUISA—¡Mirá cachafáz! y vos.....

EDUARDO—(*acercándose con fingida solicitud á Teresa*) ¡Teresa! ¿Como te has animado?..... ¿Que tienes?..... Señor cura....

BASILIO—¡Cosas de muchachos! ¡Si parecen potrillos! ¡Quien me diera á mi!....

LUISA—¡Callate, alcahucil! (*á Rosario*) Y vos che, saludá á la niña.... saludá al padre.... ¿ó han dormido juntos?... (*bajo á Rosario*) (Ya te voy arreglar luego yo, pava el monte) (*á Teresa*) ¿pero que tenes mi hijita?

TERESA—Nada, nada ... Frio...

CURA—¿No te dije?

TERESA—Si señor.... Vamonos, vamonos Don Diego.... ¡Tenia Vd. razon! ¡Cuando el sol cae, parece que se levanta la muerte!

EDUARDO—(*acercándosele impresionado*) ¡Teresa!..... Yo te acompaño.

TERESA—(*sonriendo y rechazándolo dulcemente*) No.... ¡No hay necesidad!..., A mi me empujan las sombras... A ti, te quedan todavia muchos rayos de sol!

EDUARDO—Pero.....

TERESA—Nada. (*al cura*) Vamos.

CURA—Si; vamos hija mia.

EDUARDO—(*tomando el abrigo de Teresa que habrá dejado sobre del tronco el árbol*) Abrígate, por lo menos.

TERESA—(*dulcemente*) Es inútil. El frio que siento no viene de la atmósfera; viene de otra parte. (*como haciendo un gran esfuerzo para dominarse*) Adios Luisa... Adios ño Basilio.... Adios Rosario..... Te has hecho muy grande,.... y muy linda..... Si hubieras venido antes, te hubiera pedido que cantaras aquel verso... ¿Te acuerdas?

«Caen las hojas amarillas,
«Las hojas de mi sauzal,

«Y lloro..... y antes cantaba
«Cuando las reia brotar!»

¿Te has olvidado?

LUISA—¡Che; Hablá, pues.

ROSARIO—(prensamente) No.... No me he olvidado.....

TERESA—Pero.... ¿que tienes?..... ¿Que tienen todos ustedes?
despidanme alegremente como me recibieron.....
Eduardo: Dame la mano..... Ya sabes que yo soy indulgente con los niños.

EDUARDO—¡Teresa!

TERESA—Dichoso tu que no tienes el relente de la tarde, y que puedes correr, saltar, volar..... como los pájaros... .. como esa..... como Rosario como «la gaviota».. .. No.... no te ofendas ni ustedes tampoco..... Esa tiene alas de vida en su cuerpo..... yo no tengo mas que una cosa que volará también muy pronto..... mi espíritu!.....

LUISA—¡Pero hijita!

BASILIO—Niña.

CURA—Vamos, vamos..... (ap. á Eduardo) (Vente con ella ó eres un desalmado!)

EDUARDO—Yo te acompaño, Teresa.

TERESA—No; no, no.....

EDUARDO—Sí, sí (la campana del Angelus)

TERESA—¡Chist! ¿Oyes?

CURA—¡El Angelus! (se descubren todos)

TERESA—Sí; es el saludo de la luz que se va. Despidámonos todos en paz con las palabras místicas: «Dios te salve Maria». (murmullo de oración)

Teresa alza la cabeza como inspirada—Rosario se cubre la cara con el delantal sollozando.—Eduardo anonadado é indeciso entre Teresa y Rosario, se acerca al fin á esta última, profundamente conmovido.—Na Luisa abraza llorando á Teresa.—Pasa Martiniano por el foro y contempla el cuadro con extrañeza.—Se oye un coro lejano de trabajadores italianos que se alejan.

Coro en lontananza y que va muriendo:

«¡Sera languente!.....

«Letto di rose t'offre l'occidente!..

«¡Notte profonda!

«Dorme la spiaggia e l'accarezza l'onda!»

TELÓN LENTO

FIN DEL ACTO PRIMERO

SEGUNDO ACTO

"EL BOSQUE ALEGRE"

Paisaje de grandes árboles, en su mayoría sauces asirios ó llorones, álamos carolinios, ceibos, mimbres etc., grupo de plantas acuáticas y de cañaverales, albardones cubiertos de césped por entre los que discurren estrechos senderos que van á morir en la playa que se descubre por entre los árboles, al fondo, cerrando el horizonte la faja azulada del anchuroso "Río de la Plata"

En segundo término, un gran tronco de sauce con ramazon brotado, se extiende horizontalmente, como si las mareas altas hubieran descuajado al árbol. Este tronco será susceptible de un movimiento de flexibilidad de alto á abajo, sirviendo de hamaca, en su oportunidad, á las muchachas que se trepan en él para imprimirle este movimiento.

En primer término, á la derecha, un espeso matorral coronado por un frondoso ceibo en flor, con sus vistosas guirnaldas de color rojo aterciopelado.

A su pié, y entre los arbustos, un tronco pequeño que podrá servir de asiento.

Hamacas, columpios, mantas etc., vistosamente dispuestas como para una fiesta campestre.

Un sillón de viaje y varios cestos y cajas de provisiones.

En el momento de alzarse el telón, *Luciano* y *Fermin* acomodan los objetos que nombran, en su sitio, mientras que *José* discurre por entre los árboles con aire de suficiencia, llevando en la mano un canasto cerrado.

ESCENA I

LUCIANO, FERMIN Y JOSÉ

FERMIN—Chè, Luciano, ¿que querrá decir eso de *pique-nique*?

LUCIANO—¡Mirá que sos bruto! ¿Tuavía no sabés que pique-nique en italiano quiere decir carne con cuero?

FERMIN—¿Y de ahí? ¿Que obligación tengo yo de saber esas cosas? ¿Acaso yo he sido como vos, pion de chanchería?

LUCIANO—La custión es que siempre me estás preguntando sonceras. Cuando estamos juntos, es lo mesmo que cuando dice misa el señor Cura con Cicilio: *¡Dominus ibiscum. ¡Pirituntun!...*

FERMIN—Güeno... pero es que el que no yora no mama. Pa saber es necesario preguntar. ¿No es verdá, José?

JOSÉ—(con *prosopopeya*) Ché... A mi no metás de juez en ninguna custion ordinaria. Ya sabés que soy Alsinista hasta la muerte, y no arreglo patos.

LUCIANO—¿Pero quien te habla de patos, ché?

JOSÉ—¿Y quien se refiere á las aves caseras, hombre? ¿Acaso don Adolfo y don Bartolo son aves de esta clase?... y sin embargo, ya ven: no dentran por el pato alternativo... Además, yo he venido á una fiesta de sociedad, y no á dar liciones á los inorantes.

FERMIN—Muchas gracias, mister, no craibamos haber ofendido á su mercé.

LUCIANO—¿Dejalo hombre! Si dende que se sienta en el tilburin al lao de don Eduardito, vestido de mamaracho, que parece una mbrcilla con galera, ya se ha craido que es emperador ó comendante de frontera. Mirá el corte que se dá...

JOSÉ—Ustedes como jente subalterna, han de saber ande se van á acomodar estas cosas (*por el canasto*).

LUCIANO—Largalos, puai, ande quiera.

JOSÉ—No ché... poco á poco... Acortá la cejadera... Yo no ando con cosas de largarlas puande quiera.

LUCIANO—Pues no la largues entonces.

JOSÉ—¿Quien te ha enseñaio educacion, ché? ¿Ansina se contesta á una persona decente é ilustrada cuando pide un informe perentorio?

FERMIN—Pior nos has contestao vos endenantes.

JOSÉ—¿A ver? ¿A ver? ¿No mordás el freno, ché!... Vos, en tu calidad de inferior, de pion asalarioo por hora, asigun la tarifa respetiva, no tenés el derecho de dar liciones á un empliáo de carrera, como yo. Le preguntaré, ó no le preguntaré á mi patron, asigun se presienten los acontecimientos, ¿entendés? Yo chupo ó castigo, asigun el flete y la ocasion. (*pone la canasta en el suelo y se sienta repantigándose en el sillón de viaje*)

LUCIANO—Ese sillon es pa la niña.....

JOSÉ—Cai al trote, ché, no galopiés. Naides te ha preguntao pa quien era este sillon. Ansina que está demás la bati-cola.

LUCIANO—(tomándolo por un hombro) Güeno, levantate domas, y sacá de ahí la tipa, porque tenemos que arreglar esto.

JOSÉ—¿Como «levantate» y «saca»? Mostrá la chapa, ché, antes de meterte en esas autoridades. Yo estoy con viaje y no ostruyo la via pública.

LUCIANO—Mirá, dejate de compadriar y andate con tu *lingera* pa otra parte. Vamos. (*lo levanta y lo empuja*)

JOSÉ—Ché, ché, ché..... No me rompás la capota.

LUCIANO—Güeno, sali....

JOSÉ—¡Que vapor!... Pareces locomotora.... pero bajá la barrera y meniale pito primero....

LUCIANO—Es que alguna vez se le ha de acabar la pasencia á uno tamien....

JOSÉ—¡Es al nudo! No se puede dar bromas sino á la jente de su clase. ¿No ves que todo es de poteforme, hombre?

LUCIANO—Yo no se....

JOSÉ—No sabes diferenciar cuando una persona decente y educada, se rebaja al terreno de la confianza. Bien dice el refrán.

LUCIANO—Güeno. Saca eso dodomas y.... (*va Fermin á sacar la canasta*).

JOSÉ—(*arrebatañdosela*) ¡No la toqués, ché, que es cosa fragil como las mujeres!

FERMIN—Ya estás haciendo auterias, como si no supieramos...

JOSÉ—¿Que van á saber ustedes?

LUCIANO—Mil veces se la he traído yo á Don Eduardito.

FERMIN—Y yo.

JOSÉ—Ansina será, pero lo pongo en escabeche.

LUCIANO—No; si aura nos queres hacer creer que ahi trais la custitución.

JOSÉ—Puede que sea....

FERMIN—Dejate é partes. Esa es la maquinaria pa sacar retratos de tu amo.

JOSÉ—¿Ámo? Estás muy remoto, ché. Los amos se acabaron dende que tuvimos el vientre libre. (*Luciano y Fermin rien á carcajadas*). Si; raigansé domás, como güenos inorantes que son.... ¿Que sabe el burro de caramelos? Me voy porque me dá la gana.... Porque quiero dar un vistazo por el tiatro de los sucesos... y por último, porque no estoy acostumbrao á rozarme con jentes ansina de medio pelo.

LUCIANO—Hacés bien, ché. Mirá: buscate por ahi una tropilla de escuros ques el pelo que te pertenece.

JOSÉ—(*alejándose con aire orgulloso y hamacando el cesto*) ¡Guazos!

LUCIANO — } Já, já, já....

FERMIN — }

FERMIN — ¡Pucha el rubio botarate!

LUCIANO — ¡Mirá! ¡Mirá el corte que se dá con la tipa: parece Cicilio cuando hamaca en la iglesia el censario humiador, ese que tienen pa las junciones.

FERMIN — ¡Cosa bárbara!

(*Vásé por el foro izquierda José.*)

ESCENA II

DICHOS MENOS JOSÉ

LUCIANO — Poné pues ahí esas mantas. Ya sabés que los piqueniques se comen en el suelo.

FERMIN — ¿Y quien cuida los asaos?

LUCIANO — Barroso, pues.

FERMIN — ¡Y está fresco?

LUCIANO — Ya lo creo. Como que lo sambulli en el agua apenas llegó, que ya venia gediendo á caña.

FERMIN — Ansina que aura aunque lleguen.... ¿Y los músicos?

LUCIANO — Ahí están roncando. Apenas llegaron los nápoles, colgaron los estrumentos en los árboles y empezaron á gritar como condenaos: «¡Que belo!» «¡Que belo!» «¡Marona!» «¡San Yenaro!» mientras se revolcaban en el suelo como mancárrones galopios.... y despues se han quedao dormidos, panza arriba, con la boca abierta y llenita é moscas.

FERMIN — ¡Vaya un sueño!, ché: ¿y vendrá mucha gente?

LUCIANO — Tuito el mundo. Ya sabes que la gente no piensa aquí mas que en divertirse. Ahí andan ya los coches, la deligencia de morales, y hasta la galera del coronel, rejuntando muchachas.

FERMIN — Y viejas tamien, por supuesto.

LUCIANO — De todo, como en la red.

FERMIN — ¿La que no ha de faltar es Doña Bernabela.

LUCIANO — ¿Quien? ¿La madre de la niña Teresita? ¡Que! Si esa es como el mingo. El que naides taquea, y la que mas se ve y hace mas juego.

FERMIN — Si vinieran las de San Fernando, eso si que seriz lindo!

LUCIANO — ¡Dejate é cantar silguero! ¡Diande van á tapar á las de San Isidro!

- FERMIN—Mira que hay muchachas como pa chuparse los dedos.
- LUCIANO—No importa, ché, y aunque haiga ¿ande van á poder con las de este pueblo? Si eso es al ñudo. Mirá: que le pongan el pié adelante á las Lezicas, Aranas, Belasteguis, Obarrios, Anchorenas, Aguirres, Darragueiras, Lavalles, Vernés, Gazcones, Piranes, Marcos, Muñoz, Martinez y tantas otras que pa contarlas, sería lo mesmo que querer contar esas florcitas amarillas que cubren las lomas por la primavera.
- FERMIN—¡Hermano! ¡Que habias sido como almanaque pa los nombres!
- LUCIANO—De las santas, eso si, porque lo ques pa los calzónudos, tengo mala memoria.
(voces, gritos de admiración, risas etc., dentro, hacia la derecha)
- FERMIN—¡Ahi vienen ché! ¡Ahi vienen!
- LUCIANO—Es verdá, ché, y á caballo tamien.... ¡Ah criollas!
- FERMIN—Mirá, mirá quien viene allí.. ... Don....
- LUCIANO—¿Á ver? ¡Ah! Venancio, el tendero, que le ha dao por la paquetería y por galliar entre los puebleros.
- FERMIN—¡Que cosa! ¡Parece un zamaragullón!

ESCENA III

DICHOS Y MAGDALENA, LUISA, CARMEN, JOSEFINA, y otras niñas y señoras en trajes claros, vaporosos y sencillos, sin sombreros y con flores y cintas en la cabeza, ARTURO, JUAN, FEDERICO, DON VENANCIO, y otros mozos y caballeros de cierta edad en trajes de verano.

Si es posible se presentarán algunas muchachas y mozos á caballo, entre ellos DON VENANCIO.—*Por el foro derecho. Luego* JOSÉ.

- ARTURO—*(a caballo)* Por aqui, por aqui, muchachos *(haciendo señas hacia adentro)* ¡Quietos los coches! ¡No se puede pasar! *(le dá un latigazo al caballo de Don Venancio)* Camine Don Venancio.....
- DON VENANCIO—¡Eh! ¡Eh! Despacio, despacio, Arturito, no me inquiete Vd el corcél ¡chist! ¡chist!..... Tenemelo Luciano.
- MAGDALENA—¡Upla! *(saltando del caballo. Todos los demas ha-*

cen lo mismo, y al pasar le dan un latigazo al caballo de Don Venancio).

D. VEN.—¡Eh! ¡Eh!..... ¡Señoritas!

LUISA.—¡A la que se gane un mejor sitio!

ARTURO—(dando un tiron á Don Venancio) ¡Vaya! bajese Vd

D. VEN.—¡Cuidado! ¡Cuidado! El caballo es un animal mu noble pero.....

MAG.—Si; así dice el Speling Book.

LUISA—A sentarse, á sentarse.

MAG.—Yo.

CARMEN—Yo.

JOSEF.—Yo.

TODOS—Yo, yo..... (algarabía. — Envuelven entre todas á Don Venancio y lo hacen apearse trastavillando.—Se sientan en las mantas).

UNA MUCHACHA—Yo á la hamaca.

OTRAS—Nosotras al árbol. (tropiezan con José)

LUISA—¿Que llevás ahí José?

TODAS—¿A ver? ¿A ver? Trae....

JOSE—(con suficiencia) ¡Señoritas, por Dios! ¡Respeten ustedes los secretos de familia!

LUISA—¿Secretos? ¿Que secretos?

JOSE—Secretos que no se pueden decir.

TODAS—¡Ah! (ocupan las hamacas y el árbol acompañadas de algunos mozos).

LUISA—Bueno, á las mantas.

ARTURO—Y ¿no hay un sitio para mi? ¡Un pedacito de manta, por amor de Dios!

MAG.—Perdone hermano.

LUISA—No tenemos cambio.

CARMEN—(á Magdalena) Ché: llama á Don Venancio y hacélo sentar en el suelo.

JOSEF.—¿Como se le pondrian los pantalones blancos!

CARMEN—Llamálo, hombre: ¡si es muy divertido! ..

MAG.—Llamálo vos.

CARMEN—Si á mi no me hace caso. Vos sos la dueña de su pensamiento, como él dice.

LUISA—No, no; es mejor que no venga. Es un sonso.

JOSEF.—¡Sonso!

LUISA—Y á veces atrevido.

JOSEF.—Como generalmente son todos los sonsos.

ARTURO—(que ha oido la conversacion llamando) ¡Don Venancio! ¡Don Venancio!

TODOS—¡Chist!

MAG.—¡Callese Arturo!

LUISA—No; no lo llame...

ARTURO—Sí es que yo quiero hablar con él. Ya que ustedes no me dan un sitio... ¡Don Venancio!

D. VEN.—(*acercándose al grupo risueño y satisfecho*) ¿Se dirigen á mi esas desapacibles voces? (*saludando ceremoniosamente*) Señoritas... Me recopiló agreste... (*rien todos*) ¡Hola! ¡Hola! ¡Que risueño está el bello seco!... Mejor, mejor... porque como dice Fernandez y Gonzalez en «El Cocinero de Su Majestad» *La risa es el perfume de la belleza.*

ARTURO—¡Bravo! ¡Bravo Don Venancio! ¿Que me dicen muchachas de la corbata?

LUISA—¡Arrebolante! como dice Don Venancio.

D. VEN.—De Vd. se puede decir eso, bella Luisita, porque es Vd. la estrella matutina...

TODOS EN CORO—*¡Ora pro nobis!*

D. VEN.—¡Hombre! ¡Hombre! ¡Que tromistas están Vds!

ARTURO—Pues, estas niñas, lo llamaban....

TODAS—¡No es cierto! ¡No es cierto!

ARTURO—Si señor; lo llamaban para que Vd. que es tan entendido en todo, las sacara de una duda.

D. VEN.—¿Yo? ¿De una duda? Pues dice Perez Escriche en «El niño de la bola»...

MAG.—¡No, por Dios! ¡No cuente Vd. eso!

D. VEN.—Es que una opinión liliputiense como la mia, debe apoyarse en alguna autoridad colosal.

LUISA—¡Si son cosas de Arturo! Puede Vd. dejar quieto al «Niño de la Bola».

ARTURO—No señor; no son cosas mias. Estas niñas al venir encontraron en el camino unos bueyes... ¿Reparó Vd?

D. VEN.—Si; unos cornupetos oficiales, como diría D. Nicolas Calvo. Uno osco, otro barroso, otro....

ARTURO—Bueno, bueno.... Pues han venido hasta aqui intri-gadas..

TODAS—¡No es verdad; no es verdad!...

ARTURO—En cual era el papel que desempeñaba el buey en la familia vacuna.

D. VEN.—(*pensativo*) ¿El buey?... Pues....

TODAS—No, no señor... No queremos saber nada....

D. VEN.—Es que....

MAG.—Le prohibimos á Vd. que explique...

ARTURO—Pero déjenlo Vds.

LUISA—No señor, no; va á decir algun disparate.

D. VEN.—¿Disparate? ¡Gracias, bellissima Luisita! ¡No creia merecer de Vd!...

ARTURO—Pues bueno... No se olvide Vd. de lo que se trata.

D. VEN.—Si, si... comprendo... Del estado civil del buey.

ARTURO—Eso es... Vamos à ver... Estas niñas.

TODOS—No, no, no...

MAG.—No queremos que se explique, repito...

D. VEN.—Diré à Vds.: El buey... *(las muchachas hablan entre sí desentendiéndose de lo que dice Don Venancio)*

ARTURO—*(levantando la voz)* Bueno: para abreviar: El toro, el padre, ¿no es verdad?

D. VEN.—Justo. Aun cuando hay toros celibes...

ARTURO—No importa. La vaca, la madre.....

D. VEN.—¡Ah! indudablemente,

ARTURO—El ternero.....

D. VEN.—*(trunfante)* El ternero, el niño.

ARTURO—Eso es. ¿Y el buey?

MAG.—*(las muchachas se levantan entre serias y risueñas)* Nosotras nos vamos.

ARTURO—*(sentándose en la manta y tironeando à Don Venancio para que lo acompañe)* Y nosotros nos sentamos. ¿No es verdad mi amigo Don Venancio? ¡Sientese!

D. VEN.—*(sentándose)* ¡Como Vd. guste, aunque..... *(mirando à las muchachas)* preferiria.

MAG.—*(à Arturo)* ¡Que gracioso! ¡eh?

LUISA—¡Haciéndole decir disparates al hombre! ¡Vamonos! ¡Vamonos!

ARTURO—No, no, ¡oigan! ¡oigan!..... ¿Como decia Vd.? ¡Oigan muchachas! no se vayan..... ¿Decia Vd.?

D. VEN.—¡Yo! Yo no decia nada..... Siempre me ha de poner Vd. en estos aprietos interpretativos.

ARTURO—Pero oigan..... ¿Saben lo que ha averiguado Don Venancio?.....

D. VEN.—¡Yo! Excuse Vd., pero....

ARTURO—*(poniéndose de pié y siguiendo à las muchachas)* Pero si es muy gracioso. Dice que el buey.....

TODAS—¡Callesé! ¡Callesé!

ARTURO—*(gritando)* ¡Que el buey es el tio!.....

(Las muchachas huyen riendo à carcajadas, siendo detenidas por Doña Bernabela que seguida de otras personas y de los músicos viene del fondo izquierda).

TODOS—¡Ah! ¡Micia Bernabela! *(vuelven despues de medio minutos por la izquierda).*

ESCENA IV

DICHOS Y DOÑA BERNABELA *con un séquito de SEÑORAS y CABALLEROS y los MÚSICOS NAPOLITANOS LUCIANO y FERMIN.*

DOÑA BERNABELA—*(con gran entusiasmo)* ¡Cuadrillas! ¡Cuadrillas! ¿Aber niñas? ¡A bailar las cuadrillas! ¡Ay! Yo no puedo ver estas muchachas de hoy día tan paradas! En mi tiempo..... Es decir: cuando aun era *garçon*, como dicen los franceses, no estaba quieta ni un momento. Así me decia el conde de Montepin en Paris: *Vous êtes une fame, tres movedice. (todas rien)* Vamos a ver: ¡A bailar! a bailar. *(á José que se atraviesa con el canasto)* Salga Vd. de acá con esas obstrucciones.

JOSÉ—No señora.... Vd. dispense, pero no es lo que Vd. ha dicho....

DOÑA BERN.—Bueno, bueno... salga Vd. no mas y ¿a ver muchachas?..... Levanten Vds. todo esto *(á Luciano y Fermin, por las mantas)*

LUCIANO—Sí aqui nos mandaron.

DOÑA BERN.—No importa. Este es un sitio detestable para el *lunch*. Para eso no hay como *au bord de la riviere*.

ARTURO Y LOS OTROS MOZOS A CORO—*Boite un pas en avant, Boite un pas en arriere.*

DOÑA BERN.—Eso es, eso es muy bien dicho. *¡En avant!* Los nobles franceses si que son alegres y decididos: ¡Ay hijitas! a mi, denmen nobles franceses, para todo!

ARTURO—Eso ¡ni que hablar!

DOÑA BERN.—¿No ven que hasta para ser caballo, toro ó carnero *com' il faut*, es necesario tener árbol geológico?

ARTURO—¡Claro!

DOÑA BERN.—Bueno. Dejemos estas *betises* que en frances quieren decir «animaladas», y vamos al grano...

ARTURO—Como si fuéramos tales, ¿no es eso?

DOÑA BERN.—¡A bailar! ¡A bailar! ¡Música! ¡Música! Vengan muchachas!

MAG—¿Y Teresa?

DOÑA BERN.—Ahi viene con sus dolamas.... ¡Ay hijitas! No podia haberme castigado Dios de un modo mas.... ¡Yo que soy una perinola, darme una hija tan apática y tan aprensiva. Porque esa lo que tiene son puras manias.

MAG.—¡Pobre Teresa!

DOÑA BERN.—Si defendela. ¡Como á vos tambien te dá por ahil

MAG.—¡Á mil

DOÑA BERN.—Y á todas las muchachas del dia que en cuanto tienen novio ya empiesan á enfermarse del estómago.

MAG.—¡Que cosas tiene esta señora!

DOÑA BERN.—Bueno. No perdamos el tiempo... ¿A ver? (*á los músicos*) Toquen cuadrillas... ¿No entienden?

ARTURO—¡Cualquier cosa! ¿Sabes la Marianina? Pues bueno... Eso... Agachatele no mas, y dále duro y parejo ¿entendés?

MUSICOS—(*tocan la Marianina*).

JUAN—Yo bailo con Vd. Josefina.

JOSEFINA—Tengo compromiso.

JUAN—¿Ya empezamos? Renuévele el pagaré á Federico.

JOSEF.—No; no puedo.

ARTURO—Los novios deberian independizarse en el campo.

D. VEN.—Si por aquello que dijo San Agustin: *In campis non reparatis*.

ARTURO—¡Bravo Don Venancio! ¿No baila Vd.?

D. VEN.—(*que habra recorrido el grupo de las muchachas sin que ninguna quiera bailar con él*) ¡Ya lo creo! Pero es que no tengo compañera.

DOÑA BERN.—¡Conmigo! ¡Conmigo!

ARTURO—¡Ahi está!

TODOS—Eso es. Eso es...

D. VEN.—(*contrariado aunque fingiendo amabilidad*) Gracias, gracias... pero... es que yo tengo por Vd. señora un profundo respeto para atreverme.

DOÑA BERN.—No importa, Don Venancio, bailará Vd. conmigo, profunda y respetuosamente.

TODOS—Eso es, eso es, ¡bravo! ¡bravo! (*forman cuadros de cuadrillas*)

ARTURO—¡Adelante!

DOÑA BERN.—¡*En avant deux!* ¡Por aqui, por aqui Don Venancio! (*equivoca de compañera*) No, no, ¡conmigo conmigo! ¡Salude Vd.! Ahora ¡balancé! ¡balancé! ¡Con mas gracia, por Dios, Don Venancio! ¡Está Vd. muy antiguo!

ARTURO—¡Esto es un barullo! ¡Muchachas! Propongo polka.

TODOS—¡Eso es! ¡Eso es! Polka.

DOÑA BERN.—¡Caramba! ¡En lo mejor! ¡Cuando Don Venancio se iba á lucir en el *caballero solo!*

D. VEN.—Señora... Yo...

TODOS—¡Polka! ¡Polka!

D. VEN.—Pero ¿conque música?

TODOS—Con la misma... ¡Più presto! ¡Più presto! (*á los músicos*)

D. VEN.—Señora... yo no polqueo.

DOÑA BERN.—¿Como no polqueo? ¡Vd. no se pertenece, Don Venancio! ¡Vd. es un bien nacional! Venga, venga para acá. ¡Lo voy á sacar el Napoleon del baile!

TODOS—¡Bravo! ¡Bravo!

D. VEN.—Mire Vd. que padezco de trepidaciones cerebrales.

DOÑA BER.—No importa.

D. VEN.—¿Como!

DOÑA BERN.—Mire Vd.: no hay como la polka para poner los sesos en su lugar. ¡Vamos! ¡Vamos! (*lo tironea*)

D. VEN.—Además, que yo no se bailarla sino de punta y talon.

DOÑA BERN.—¡Magnifico! Es la que está en moda en Paris. Allí no es persona decente, la que no baila de punta y talon! ¡Vamos! ¡Vamos! (*bailan ridiculamente. Todos rien y les hacen rueda. Aparece por el foro Rosario. Al encontrarse de improviso con la fiesta aquella, quiere retroceder, pero las muchachas y los mozos que la habrán notado, la llaman, yendo alguna de ellas á tomarla por los brazos trayéndola así al primer término. La fiesta se interrumpe.*)

ESCENA V

ICHOS Y RORARIO

MAGDALENA—¡Rosario!

LUISA—¡La Gaviota!

MAG.—Veni, veni, Rosario (*quiere irse Rosario; la toman de los brazos y la traen á primer término*) No señor; veni para acá. ¿De donde salís?

ROSARIO—Dejenmé... dejenmé...

JOSEF.—Tenés que cantar algo.

ROSARIO—No, no...

DOÑA BERN.—¡Ah! ¿Tambien tenemos este número volátil? (*encarándose con Rosario*) ¡Ché! Decíme: ¿Tu madre ha preparado los pasteles?

ROSARIO—Yo no sé...

MAG.—Bueno, bueno... ¡Que cante! ¡Que cante!

JOSEF.—Vamos pues...

ROSARIO.—No sé cantar.

TODOS.—¡Si sabe! ¡Si sabe!

DOÑA BERN.—¡Que monadal! ¡Hacéte ahora del rogar!... Vaya pues. ¡Bailamos ó no bailamos?

MAG.—¡Cantá hombre!

ROSARIO.—No.

DOÑA BERN.—Mirá, yo ya he aprendido tu canción: «Los pájaros tienen alas». Un día te la voy á cantar en el piano. ¡Que bonital!—Bueno; Don Venancio. Dejaremos la punta y talón para otra oportunidad. Vamos á arreglar ahora el comedor, *sur le tapis vert*. Vamos muchachas, vamos. (*Medio mutis; las muchachas y los mozos rodean á Rosario, suplicándole que cante*).

LUISA.—Ahora....

ARTURO.—Un momento....

DOÑA BERN.—Pues yo voy.... porque sin mi, la fiesta andaria de *mantó tombé*, es decir de capa caída. (*Váse por izquierda foro*).

ESCENA VI

DICHOS, *menos* DOÑA BERNABELA. *Luego* ÑA LUISA *con* ÑO BASILIO

ARTURO.—Cantá algo, Rosario.

ROSARIO.—Yo no sé cantar.

MAG.—No es cierto. Canta muy bien.

ARTURO.—¡Ché! (*á Rosario*) ¿Es verdad que estás enamorada?

ROSARIO.—¡Yo! (*rie y se cubre el rostro con las manos*).

D. VEN.—¿Y porque no, Rosa mística?

TODOS.—¡*Ora pro-nobis!*

D. VEN.—¡Hombre! ¡Por Dios!

MAG.—Si; mirá: A mi no me la pegás. Vos andás buscando á alguien por acá.

ÑA LUISA—(*que entrará por la izquierda con ño Basilio*) Soy yo quien anda buscando á esta arrastrada.

BASILIO.—¡Callate hombre! Respetá al menos... Mi güenos dias niñas.

ÑA LUISA.—¿De ande salís? ¡Mirenla con que facha! Parece un gato sacao del albañal.

MAG.—No la rete ña Luisa.

LUISA.—¿No vé que está de fiesta con nosotras?

JOSEF.—Ahora va á cantar.

ÑA LUISA—¡Como pa fiestas está con esa vestimenta! ¡Si no sé ande tiene esta la vergüenza!

LUISA—Dejela...

ÑA LUISA—Si «dejela» ¡Claro! ¡Como pa ustedes es lo mesmo que titerel!... ¡Lindo lo has hecho con las hermanas! Te ponen á coser, y en cuanto dan un cabezazo en medio al rosario... ni el humo. Si ya le he dicho á Don Silvestre Brunengo, el herrero, que me haga una jaula pa encerrarla.

BASILIO—Se nos muere Luisa. Si este no es pájaro de jaula. Dios la hecho ansina lo mesmo que al churrinche que es una brasita de fuego con alas, y que en cuanto lo enjaulás se apaga.

MAG.—Muy bien dicho, ño Basilio.

BASILIO—¿No es verdá, niñas? Velai: lo mesmo que á mi me ha dejao tieso, no sé porqué, á ella le ha dao sangre de buscapiés.

ÑA LUISA—Pues redepente yo le voy á chingar el buscapies con un garrote e tala. ¡Vean, vean como viene á una reunion de personas decentes! ¿No tenés vergüenza, ché? Al menos te hubieras trezáo ese pelo, que parecés sauce lloron.

LUISA—Veni: yo te arreglo la cabeza.

JOSEF.—Ponele esta cinta, ché.

ROSARIO—No, no, no.... Estoy bien.

LUISA—No seas sonsa. Así vas á parecerle mas bonita á tu novio.

ROSARIO—Yo no tengo novio.

LUISA—No importa... veni....

ROSARIO—No me gusta..... No quiero.....

MAG.—¡Que pava esta! Cuando Eduardo nos saque ahora con la máquina nueva ~~que acaba de recibir~~ de Paris, vas a parecer una loca..... (Rosario se humanisa pero sin darlo á comprender á las claras)

ÑA LUISA—Hacete aura la chiquita. ¡No faltaba mas!

BASILIO—Dejese mi hija componer por las niñas. ¿No vé que es un cariño? (cede poco á poco Rosario. Las muchachas la rodean. Los mozos quieren curosiar)

ÑA LUISA—¡Si es una tuna!

BASILIO—No puede negar que es tu hija.

ÑA LUISA—¡Claro! En eso, te llevo la ventaja de poderlo jurar (rien todos)

BASILIO—(*picado*) Jugale risa no mas; pero no vas á creer que meteria ansina no mas la mano en el fuego.....

ÑA LUISA—¡Callate hombre! Lo que no podés meter es la pata.

LAS MUCHACHAS—(*que rodean á Rosario adornándola, á los mozos que quieren curiosear*) ¡Salgan! ¡Salgan de acá curiosos! ¡Échelos ña Luisa!

TODOS—Pero ¡caramba! ¿Que mal hay en que?..

ÑA LUISA—(*que habrá sentado á ño Basilio en el tronco entre los matorrales*) Güeno... ¡A volar los caranchos! (*los espanta con una rama y todos, huyen riendo*).

D. VEN.—¿Y yo también entro en ese calificativo?

ÑA LUISA—No... Vd. no..

D. VEN.—(*satisfecho*) ¡Ah!..

ÑA LUISA—Porque Vd parece un loro embalsamao. (*rien todos*).

D. VEN.—¡Ómo!....

ÑA LUISA—¡Salga, hombre! ¡Salga de acá! Mejor juera que se hubiera quedao en su tendejon midiendo zaraza.

LAS MUCHACHAS—Vámonos para otro lado.

JOSEF.—Si, vámonos.

CARMEN—Aqui no se puede hacer nada con estos mujerengos.

LOS MOZOS—¡Muchas gracias!

MAG.—(*llevándose á Rosario*) Ahora verá, ña Luisa, como desconoce Vd. á su hija.

ÑA LUISA—Si; el mejor dia la voy á desconocer en deveras...

BASILIO—Pero no seas ansina.... Dáles las gracias por lo menos.... Pareces armao; ¡puritas puas por tuitas partes!

ÑA LUISA—¡Las gracias! Que se las dé ella, ché, que á mi bien me cargosean con sus vapores pa la ropa. (*lo sienta en el tronco*) ¡Bah! Quedáte ahí, que yo voy á preparar el mate pa doña Bernabela.... Eso si; puro hablar en gringo, pero lo ques, el chupeteo ese nó lo deja aunque sea á escondidas y diga que tomar mate no es comiflor. (*medio mutis por el foro izanierda*) ¡Ah! Yo vuelvo pronto.... Mejor hubiera sido que te hubieras quedao en el rancho.... Ya ves el baile que querias ver en lo que quedó..... Güeno de todos modos aura te vengo á buscar.

BASILIO—¡Güeno, hombre!

ÑA LUISA—Aurita no más han de volver esas alocadas... Mirá, si pasa Martiniano, que eche un vistazo pu el horno. ¿Has oido? No sea el diablo que el fuego haga una de las tuyas.... ¿Oiste lo que te dije?..

BASILIO—Si hombre, ¿ó crees tamién que estoy tullido de las orejas?

ÑA LUISA—Como estás con esa cara de mascarón de proa que te parecés al indio de lo é Vernet....

BASILIO—Guéno.... Andá no mas, gallina culeca, puro: *clá, clá, clá, clá, clá, clá, clá, clá*....

(*váse ña Luisa por el foro izquierda*)

ESCENA VII

ÑO BASILIO, luego TERESA y EDUARDO por el foro, derecha

BASILIO—(*saca una chuspa de tabaco, la desenvuelve lentamente, arma un cigarrillo, saca fuego en el yesquero, enciende el cigarro; todo esto mientras habla como maquinalmente*) ¡Caminar! ¡Es l'único que envideo en esta vida!... Y antes, cuando les daba duro à las cachirlas, por necesidad, todo se m'iba en resongar y decir:—«¡No ser rico pa estar me tuita la vida sentao!... ¡Ansina es la vida! ¡Esta vida que el hombre ha hecho con sus imaginaciones una crujida pa purgar caprichos y fantasías!... (*mirando por entre los matorrales*) Y estos se han ido no mas pa otro lao... Aura si no pasa Martiniano y esa loca de Luisa se olvida que me ha dejao aqui fondiao como ponton carbonero, ¡estoy lucido! (*rien y gritan á lo lejos*) ¡Ya se armó el baile! ¡Claro! La gente que tiene piernas, tiéne tamién guen humor y alegría... (*tratando de acomodarse en el tronco como para dormir*) A ver si me acomodo, y puedo pescar aunque sea un bagre con los ojos cerraos. (*ruido en el fondo—se incorpora*) Pero parece que viene una pareja... Ha de ser de esas que se almarean valseando, y se pierden despues puentre los árboles... (*mirando*) ¡Ah! Habia sido Eduardito, con esa otra tullidura de novia que le ha dao Dios. (*Aparecen lentamente por la derecha, Eduardo, dando el brazo á Teresa que se apoya en él lánguidamente y con fatiga. — Se oyen dentro, música, risas, y vocerío.*)

EDUARDO—(*á Teresa al paño*) No te ajites; si ya vamos à llegar.

TERESA— Si no es por mí; es por vos.

EDUARDO—¿Por mí?

TERESA—Si: por vos. ¿O acaso crees que no me doy cuenta?

Mirá Eduardo: eso es lo que me hace mas sufrir.....
A veces, ¡preferiria morirme!

EDUARDO—¡Callate por Dios!

TERESA—Yo lucho..... Yo me afitano..... pero ¡inutilmente!
No tengo vida..... y la de los demás, es para mi como un reproche irónico á esta extenuación que me invade, me domina, me anonada!.....

EDUARDO—¡Teresa!

TERESA—Y como si eso fuera poco, el remordimiento de verte á vos ligado por piedad..... (*movimiento de protesta de Eduardo*) Bueno, por bondad, por delicadeza, á esta muerta que camina!.....

EDUARDO—Pero ¡calláte!

TERESA—No puedo, no puedo.... Ni debo tampoco.... Quiero que te des cuenta, por lo menos, de que soy un espíritu muy superior á todos esos egoismos vulgares. Quiero que me quieras, aunque mas no sea que por eso.....

EDUARDO—Pero si yo siempre te he querido.

TERESA—¡Que bueno sos en decirmelo, aunque no....

EDUARDO—No prosigas.

TERESA—Si, ¡muy bueno! Un muchacho como vos, fuerte, lleno de salud, de vida..... ¿Porque nos criamos juntos, y nos ligamos desde niños, sin esperar las voluntariedades del porvenir?..... Mirá: Eduardo:..... Aqui nadie nos escucha, sino estos árboles que ya dieron sombra tambien á nuestros abuelos..... Esto es un templo..... y lo que voy á decirte es sagrado..... Oime.....

EDUARDO—¿Que vas á decir?

TERESA—No, no... No quiero... Oime... Yo te relevo del compromiso que nos liga...

EDUARDO—¡Teresa!

TERESA—Si, es necesario.... Yo sé que no voy á vivir mucho tiempo....

EDUARDO ¡Oh! ¡Dios mio! ¡No digas eso!

TERESA—Si, si, y eso seria lo mejor para los dos. Para mí, porque me iria llevando aún muchas ilusiones.... y para vos, porque te verias libre....

EDUARDO—Pero ¿porque me ofendés de este modo, Teresa?

TERESA—No, sonso.... ¡Si no es ofensa! Si es un razonamiento justo y discreto. Comprendo que ahora no querés libertarte de mi, acogiéndote al divorcio moral que te ofrezco porque crees.... —¡Ah! y yo también lo creo— que el vínculo de cariño que nos une, es como el re-

ligioso en el matrimonio: «indisoluble».... Pues bien, pensemos en lo único que puede desatarlo.... y como eso tiene que suceder....

EDUARDO—Pero....

TERESA—¡Ah! ¿Entonces crees que somos inmortales? ¡Vaya! ¿Que gracioso! (*rie forzadamente*) ¿No vés? ¿No vés como ya estoy de buen humor? ¡Vamos! ¡Abrazáme! ¡Fuerte! ¡Fuerte! (*la abraza Eduardo*).

BASILIO—(*ap*) (Yo me hago el dormido, por si acaso)

TERESA—(*reteniéndolo entre sus brazos*) Bueno: Ahora, decime otra vez que me querés mucho...

EDUARDO—Pero si ya lo sabes...

TERESA—No importa. Quiero que me lo digás.

EDUARDO—Oues bien: Te quiero, te amo, te ado...

TERESA—(*le tapa la boca con la mano*) ¡Chist! (*aparece Rosario por fondo izquierdo y se detiene sorprendida, oyendo la declaración de Eduardo con muestras de indignación*) ¡Chist! ¡Cuidado con las exageraciones!

EDUARDO—Si yo...

TERESA—Silencio, digo... Y ahora... ¿ves?.. Me has dado fuerza con esas cariñosas palabras... Vamos, vamos... (*llevándole hacia el fondo izquierda, Rosario se oculta tras de los arboles*) ¡Que raro prestigio el del Amor! ¡Parece que me hubieran nacido alas! ¡Vamos! (*vanse lentamente por el foro izquierda*)

ESCENA VIII

Ño BASILIO, luego ROSARIO y MARTINIANO

BASILIO—¡Hum! ¡Mas facil es que á mi me nazcan piernas nuevas! ¡Ni me han caído en cuenta! ¡Como si fuera un tronco! ¿Y que mas soy, pues?... Güeno, mejor es ansina. ¡Cha el Eduardito! ¡Si miente mas que un rematador? ¿Y la otra? ¡Fiese Vd. en las tísicas! Si son como sagaípe! lero ¿me irán á tener tuito el día ansina, pa testigo é chicoleos?

MARTINIANO—(*al paño derecha con Rosario*) ¿Y porqué estás llorando? ¿Te han hecho algo? Ha de haber sido el atrevido ese.... Ya sabés.... ¡Pero, habla pues!.. ¡Mirá! (*saca el cuchillo*) ¡Se lo he de clavar hasta el cabo!

BASILIO—¿Quien anda ahí?

ROSARIO—(con imperio y ap. á Martiniano) (¡Guardate bien de mirarlo siquiera!)

MART.—(ap. á Rosario) (¡Mirá Rosario que me vas á perder!)

ROSARIO—(id.) (¡Guardate bien!) (le dá la espalda desdeñosamente y se va por el fondo izquierda. Martiniano pretende seguirla y ella le hace un gesto imperativo deteniéndolo.) (Martiniano demuestra desesperación y rabia, pero se queda, bajando luego á primer término. Trae una surta de pescados).

BASILIO—Pero ¿quien anda ahí?

MART.—Soy yo, no Basilio.

BASILIO—¡Ah! ¡Martiniano! ¿Con quien hablabas?

MART.—(osco) Solo.

BASILIO—¡Ah! Lo mesmo que yo. ¡Mala seña, Martiniano! Cuando el cristiano comienza á hablar solo, es lo mesmo que como cuando la red está aujeriada. que se le escapan los pescaos sin sentir. (por los pescados) ¿No has sacao más que eso?

MART.—Ya ve, pues.

BASILIO—Mirá: Yo que vos, me alquilaba á algun gringo quintero pa espanta-pájaros.

MART.—¿Porque?

BASILIO—Si yo creo que en cuantito te acercás á la playa, ya empieza la disparada del zabalaje.

MART.—Puede que ansina no. mas sea. porque tengo una suerte.....

BASILIO—¿Y sos lo mesmo pa las mozas?

MART.—Lo mesmo.

BASILIO—Es que no te han de haber echao sino la agua del socorro.

MART.—¿Y de ahí? ¿Que culpa tengo yo?

BASILIO—Tenés razon. Lo pior es que andás siempre con una cara....

MART.—¿Y si no tengo otra?

BASILIO—¿Porque no vas pa que te retrate don Eduardito con la maquinaria esa de hacer ritratos que le han mandao de no se donde?

MART.—¡Yo!

BASILIO—¡No seas sonso, hombre! Dicen que va á retratar á tuito el mundo y tamien á la Rosario.... ¡Que! Si la han emperifollao las niñas.... ¿No la has visto?... ¡Oh! ¿Y porque tirás el pescao?

MART.—¡Pa lo que sirve!

BASILIO—Mirá Martiniano: Vos no sos güen pescador, ni me-

nos tuavia, güen cristiano. Con menos que eso que has tirao, Nuestro Señor dió de comer á mucha jente. Si no los querias, los debias haber echao de nuevo al agua. La gracia de Dios no se tira. Recojé eso, y andá á darselo á un pobre por lo menos. ¡Y después querés que Dios te ayude!

MART.— ¡Pa lo que se ocupa Dios de mi!

BASILIO— ¡Callate, hereje! ¿Que sabés vos de lo que él se ocupa ó deja de ocuparse? ¿Me quejo yo por si acaso? Y ya vés en que estao me hallo, que parezco una piegra de esas que quedan ahí solas en el desierto, pa ver pasar los dias y las noches, redepente caldiadas por el sol, redepente bañadas por la lluvia....

MART.— Pero Vd. tiene quien lo quiera y quien lo ayude, ño Basilio.

BASILIO— ¡Claro! Pa eso hé trabajao, he sufrido y he tenido pacencia.

MART.— Güeno.... pero yo....

BASILIO— Vos tenés todo, Martiniano. ¿Cuántos años tenés?

MART.— Vainte.

BASILIO— ¡Mirál... ¡Aver?... Acercate. (*examinándolo*) ¡Mirá que piernas! ¡Mirá que brazos!... ¡Mirá que pecho y que espaldas!..... (*lo empuja*) ¡Andá! ¡No seas sonso! con eso, me echaba yo el mundo á babucha! ¡Recojé á la juria el pescao, te digo! ¡Andá cumplir con la obligación del día!

MART.— ¿Paque? Yo soy güerfano....

BASILIO— Ningun hombre es güerfano, mientras haiga otros mas desgraciaos que él á quien socorrer. Despues, á tu edá, naides está solo en el mundo.... Ya encontrarás quien te acompañe (*negativa de Martiniano*) ¿Que no? ¡Bah! ¡Dejate é paviar hombre! Echa el anzuelo aunque sea en una zanja, y ya verás como algo se té priende, y si no es una anguilla, será una rana. ¡Mirá! Si las mujeres son mas voraces que los dientes.... ¿Has visto cuando entrás al agua pa bañarte, que tenés que andar espantando de esta suerte (*manotea*) porque, picotón acá, picotón allá?... Pues ansina mesmo son ellas.

MART.— Es que á mi no me gusta más que una, y esa....

BASILIO— Te comió la carnada.... Pues ponéle otra. Quien sabe que laya de pescao será. Hay algunos que solo pican en la grande.... Otros se contentan con una mosca.

MART.—Es que esta no me hace caso, ño Basilio.

BASILIO—¡Ah! Entonces ha é ser boga. Pero no te encaprichés pues, y si no es boga, aunque sea palometa Mirá: Cuando yo era muchacho, ansina como vos, habia una inglesa que trujeron de emperatriz..... güeno..... de maistra pa enseñar á los muchachos en lo é Velazquez.... Escuchá: En ese tiempo yo le arrastraba ya el ala á la Luisa.. pero no te vas á creer que era ansina como aura, con esa facha de cuero salao que tiene.... ¡Que! ¡Si parece que la hubieran dao guelta al revés!.... Entonces.... ¡Pero oime hombre! ¡Parecés mancarrón estraviado de la tropilla: puro parar las orejas y estirar el hocico!....

MART.—Si lo oigo, ño Basilio.

BASILIO—Pues yo les llevaba el pescao á los Velazquez ansina como....

MART.—Digame..... ¿No ha oido un grito?

BASILIO—¡Si no juera mas que uno!

MART.—No.... es que me parecia haber oido la voz de Rosario.

BASILIO—Mirá, Martiniano. Te voy á dar un consejo pa tu bien.. No te metás con Rosario... Esa es boga ¿ves?... O por mejor decir: esa es mesmamente *gaviota*, desas que se dejan acercar mansitas en la playa..... y en cuantito hacés ansina con las manos ¡puff! el volido, y á las nubes, y vos, con tamaña boca abierta.

MART.—(*turbado*) Yo no me meto.

BASILIO—Güeno: Por si acaso.... No digas despues que no hubo un *chaja* viejo que te alentiara.

MART.—(*recoje el pescado*) Güeno ño Basilio..... Si no se le ofrece otra cosa.... Yo voy á ver si por alla me compran (*inquieto y mirando hacia el foro*)

BASILIO—¡Oh! Aura lo recojes, ¿y no decias que era tan fiero?

MART.—Tal vez.

BASILIO—Esa es gente delicada..... Mirá: mejor seria que me ayudáras á llevarme hasta el rancho..... La Luisa ha dejao el horno encendido.... y no sea el diablo.....

MART.—Güeno, ño Basilio; pero vamos lijero, porque tengo que aprovechar la tarde....

BASILIO—(*levantándose ayudado de Martiniano—Se alejan por segundo término derecha, hablando siempre hasta que*

se pierden sus voces) ¡Oh! ¿Y no decias endenantes que no tenias obligaci6n ninguna?

MART.—(*turbado y siempre mirando hacia el foro, izquierda*) Es que....

BASILIO—¡Aguardate hom! ¡Parecés petizo ladero, desos que tiran atravesaos!

MART.—(*pasando el brazo de Basilio por sobre su hombro*) Güeno. Agarrasé ansina de mi....

BASILIO—Pero ¡tomá el paso!....

MART.—Ya voy.... (*se alejan discutiendo*).

ESCENA IX

ROSARIO, EDUARDO, luego MARTINIANO—ROSARIO *viene vistosamente adornada con flores, cintas, etc., en la cabeza y en el traje*.—Viene huyendo de EDUARDO.

EDUARDO—(*deteniéndola*) Pero oíme al menos.

ROSARIO—Es inútil, don Eduardo. Sé cuanto me puede decir; pero estoy decidida.

EDUARDO—¿A qué?

ROSARIO—Primero, á no escucharlo, y después....

EDUARDO—¿Y después?....

ROSARIO—Bueno, basta. Vuélvase á donde están sus jentes y dejeme á mi seguir mi camino.... Voy á buscar á mi padre que está ahí....

EDUARDO—Aquí no está tu padre.

ROSARIO—Entonces me esperará en casa... Voy...

EDUARDO—(*deteniéndola*) Escuchame un momento al menos.

ROSARIO—No; no puedo.

EDUARDO—¿Tenés miedo que te sorprenda el guaso ese?

ROSARIO—¿Quién?

EDUARDO—Martiniano, pues.

ROSARIO—¡Bah! No me conoce Vd., don Eduardo. Me basta esa sospecha, para darme cuenta de la idea que Vd. se ha formado de mi.

EDUARDO—No, no, Rosario. Perdonáme...

ROSARIO—¿Yo, perdonarlo? ¿Y de que?

EDUARDO—¡Estoy medio loco!

ROSARIO—Pues, con el aire del rio, se le pasará. Adiós. (*quiere irse, Eduardo la detiene*)

EDUARDO—Un momento; un momento; tan solo... Escucháme...

ROSARIO—Me esperan... ¡y luego es inútil!

EDUARDO—Pero ¡caramba! ¿No ves que estoy enamorado de vos?

ROSARIO—(ríe) Já, Já, já... Ahora si voy creyendo que es cierto eso de la locura... ¡Vaya! No me entretenga más...
Mi padre...

EDUARDO—(tomándola de un brazo) ¡Oi! ¡Oi!

ROSARIO—Sueltemé, Don Eduardo..,

EDUARDO—No, yo siento por vos, algo que está fuera de todo raciocinio, de todo cálculo...

ROSARIO—Bueno... pero sueltemé.

EDUARDO—¡Te amo!... Distancia social, vinculaciones, compromisos, conveniencias, todo desaparece ante esta pasión que se ha metido en mi alma, y la domina, la subyuga, la anonada!...

ROSARIO—¡Ah! ¡Por Dios!...

EDUARDO—¡No! No; ¡si te lo voy a decir todo, para que veas que soy leal y sincero... No te rias... sí: *leal y sincero*... tal vez por la única vez en mi vida!

ROSARIO—¡Pero si yo no quiero oírlo!

EDUARDO—Pues yo te lo quiero decir, y he de ir hasta el escándalo si es preciso... hasta el crimen si me empujas a él... Oi: Primero. fué un capricho, una fantasía... tal vez una vanidad... Dominarte, poseerte... a vos, a la mas rara, a la mas huraña, y por lo tanto a la mas provocativa de las mujeres... He soñado con vos, como se sueña con una fabula mitológica. Hacerme mia, en medio de esta naturaleza; entre las sombras y los perfumes de este bosque... Arrancar en medio de un espasmo delirante, la flor de tu pureza salvaje... Aqui, donde sos soberana, orgullosa y esquivada... Verte abatida y sin alas entre mis brazos; odiándome tal vez; pero bajando los ojos trémula, y encendiéndote en mil rubores ante mi mirada conquistadora.

ROSARIO—(con angustia) Bueno.... ¡Basta!

EDUARDO—No, no basta.... Tengo que mostrarte la derrota de mis instintos. Tengo que declararte mi humillación... Tengo que entregarme a ti, rendido y dominado....

ROSARIO—¡Viene jente!

EDUARDO—¡Que venga todo el mundo! ¡No me importal... Escuchá. Si no te hubiera oído. Si tu alma superior no se hubiera impuesto a la mia. Si la ignorancia de tu ser moral, hubiera echado un velo sobre lo divino

que hay en vos. para tan solo dejarme ver á la mujer con todas las voluptuosidades y tentaciones del misterio agreste y montaráz que te rodea, hubiera seguido tras de vos, brutal é instintivamente.... y entonces.... quien sabe....

ROSARIO—Me habria defendido.

EDUARDO—¿Quien sabe!.....

ROSARIO—¿Hasta la muerte de uno ú otro, ó la de los dos!

EDUARDO—(*entusiasmada*) ¡Eso! ¡Eso! ¡Decímelo, decímelo de nuevo!.... ¡Hasta la muerte! ¿No es verdad?

ROSARIO—(*con entereza y convicción*) ¡Si! ¡Hasta la muerte!

EDUARDO—¿Te adoro!..... Por eso ¿te adoro!..... Por eso estoy pronto á atropellarlo todo!....

ROSARIO—¡Basta! ¡Basta! Le he dicho ya.... Usted no se per-
tence....

EDUARDO—¿No me digas eso Rosario! ¿No me digas, por Dios!

ROSARIO—Pero si Vd hace un momento, ha jurado.

EDUARDO—¿He mentido!

ROSARIO—Como ahora, como mañana, como siempre!

EDUARDO—¿No, no!.... ¡Ahora no!.... ¡Dios mio! ¿Como haria para que me creyeras?.... Mirá Rosario: —Yo soy un ser distinto á la vulgaridad.... Sé, conozco toda la distancia que las decantadas leyes sociales establecen entre los dos.... No me arredra nada: obstáculos, críticas, impedimentos.... todo lo desafio y todo lo burlo.....

ROSARIO—Pero yo no...

EDUARDO—¿Porqué?

ROSARIO—Porque...

EDUARDO—¿No me querés acaso?

ROSARIO—¿Vamos! ¡Dejesé de...

EDUARDO—¿Decímelo! (*la toma fuertemente del brazo*) ¿No me querés, no es eso?

ROSARIO—Sueltemé... Me lastima... Vaya... Me voy... ¡Oh!....
Me voy...

EDUARDO—¿No! ¡Tenés que ser mia!

ROSARIO—¿Yo!

EDUARDO—¿Si ¡Mia! Legitimamente mia... ¿entendés?

ROSARIO—¿No puede ser!

EDUARDO—¿Porqué?

ROSARIO—Porqué no.

EDUARDO—Esa no es una razón.... ¿Porqué? ¡Decímelo!

ROSARIO—Bueno... pero sueltemé.

EDUARDO—Antes deci porqué...

ROSARIO—Porque... porque... yo tampoco me pertenezco ¡Vaya!

EDUARDO—(*espantado soltándola*) ¿Qué?... ¿Que decis?... ¿Que vos?... ¿Que no? ¡A ver? Repetí eso.

ROSARIO—Que no me pertenezco.

EDUARDO—(*fuera de sí*) ¡Mentira! ¡Eso es mentira!

ROSARIO—¡Dios lo sabe!

EDUARDO—¡Jesús! (*se agarra la cabeza*) Vos..... ¿Quieres á otro?

ROSARIO—Si.

EDUARDO—¡Lo mato! ¡Lo mato!.... Y te mato á vos... y.... Pero ¿Quien? ¿Quien es ese?... Decime su nombre.

ROSARIO—No puedo....

EDUARDO—(*Yendosele encima fuera de sí*) ¡Desgraciada! (*aparece Martiniano que habrá oído las últimas frases*)

MART.—(*con el cuchillo desenvainado*) ¡Cobarde!

EDUARDO—¿Vos?.... ¿Este?... ¡No te lo dije!

MART.—Suelte á esa mujer ó.....

EDUARDO—Veni á quitármela. ¡Canalla!

MART.—(*avanzando ciego de ira*) ¡Mas canalla será Vd.!

EDUARDO—Ahora verás.....

ROSARIO—(*Entre los dos y dirijiéndose á Martiniano*) ¡Atrás!

EDUARDO—Dejámelo.

ROSARIO—(*a Martiniano con imperio*) ¡Tirá ese cuchillo!

MART.—Pero.....

ROSARIO—¡Tíralo, te digo! (*lo tira*)

EDUARDO—No, si con cuchillo y todo, no le tengo miedo... ¡Dejámelo!.....

ROSARIO—Bueno... ¡basta! ¡Dejenmen los dos!

EDUARDO—¿Los dos? ¿Como los dos?

ROSARIO—Si: *los dos*. Yo soy libre..... Vd. á su fiesta!... Vos á tus redes!.....

EDUARDO—Pero... ¿Y vos?

ROSARIO—¿Yo?... ¡Hacia el único á quien verdaderamente me debo pura y digna! ¡Hacia el único en quien creo y se que me espera!... ¡Dios!

(*Se oyen cantos, musica y risas á lo lejos*)

CAE EL TELON

TERCER ACTO

“LAS ROSAS”

La escena representa el *parterre* de la quinta *Las Rosas* en San Isidro, de propiedad de Doña Bernabela Vallejos. A la derecha del espectador y en tercera caja, se alza el suntuoso palacio edificado al gusto del renacimiento, con terraza circundada de balaustres de mármol, á la que dà ingreso una ancha escalinata del mismo material, flanqueada por pilastras en las que se ostentan jarrones de bronce desbordantes de plantas y flores. Esta escalinata, como la terraza, es practicable, y da acceso al edificio que se levanta tres metros mas adentro flanqueado de corredores.—Los balcones superiores estan cubiertos por toldos rayados de vistosos colores, acentuando en lo posible la nota alegre y viváz que debe caracterizar todo el paisaje.

En los huecos de los costados de las escalinatas se entrelazan rosales y laureles en flor.

El fondo de la escena, en último término, està cruzado por una alta y lujosa verja de hierro.

Entre esta y el telon de foro, que representa arboleda y chalets medio ocultos entre el follaje, hay una calle practicable.

El resto de la escena està ocupada por el *parterre*, y platabandes de cesped y flores, arbustos en plena florescencia, coniferos, etc.

Delante de la escalinata, en primer término, y en una à moda de plazoleta, bancos y sillitas de jardín.

Luz fuerte de un espléndido dia de verano.

ESCENA I

ÑO BASILIO *sentado en una silla de brazos con su muleta y su baston al lado. JOSÉ tiene en la mano un diario «La Tribuna», cuya lectura acaba de interrumpir.*

JOSÉ—Ya ve, pues, ño Basilio, semos los hombres del dia, y aunque yo llegué el último al tiatro de los acontecimientos, porque tuve que atender al cumplimiento de mis deberes, y despues, que cargar con la tipa y con Doña Bernabela desmayada, como jui quien se lo relaté pintorescamente en la ciudad á don Hétor, recibiendo el aplauso de toda la cabrionera, ahí tiene como «La Tribuna», ha sido la primera, como siempre, en poner el hecho en letras de molde, nombrándolo

a usted, que debió ser la víctima despiatoria como salvó heroicamente por don Eduardito, mi patron, que, en este caso, le ha ganao con colma a don Miguel Beccar, que es el primer apagador de quemazones de la república.

BASILIO—¡Pero ahí le han metido mas fluletes!

JOSÉ—Como corresponde, ño Basilio, a la crónica de un diario criollo, que debe adornar los hechos como güevo de avestruz bordao por preso.

BASILIO—Sí; pero eso de que una mano criminal le pegó juego al rancho....

JOSÉ—Eso es la fantasia, ño Basilio.

BASILIO—Pero si jueron los malditos pasteles de doña Bernabela, y esa loca é Luisa que habia atorao de visnaga el horno.....

JOSÉ—Güeno..... Pero usted ve que eso de los pasteles, es medio ansina, como si dijéramos, y perdonando el modo de hablar, ordinario..... Si se tratara de política, ¿ve? ahí si que dentrarian bien los pasteles: pero hablando de un sucedido ansina como de novela, el amasijo ese vendria a echar a perder la relación. Mire, ño Basilio: no se queje. **Todo** ha andao que ni preparao por don Manuel Perez del Cerro, que, quanto se puede decir tratándose de fiestas públicas.

BASILIO—Pa vos que no has perdido nada en la quema....

JOSÉ—Y pa usted tambien, ño Basilio. ¿Que se le ha quemao el rancho ese, que parecia nido é ventereos? ¡Mejor! Ya le harán otro nuevo los patrones. Mientras tanto está alojao aquí, en este palacio de «Las Rosas» que es la quinta de doña Bernabela, con ña Luisa y.....

BASILIO—Sí; ¿y mi hija? ¿Y la Rosario?

JOSÉ—Ha de andar por ahí no mas.

BASILIO—¡Baya un consuelo!

JOSÉ—¿Pero no sabe que es juidora de nacimiento? Antes; ¿no se les volaba tambien en un redopente, como verdadera gaviota que és? Pues güeno; aura no teniendo ande anidar, con mas razon.

BASILIO—Mirá José, a mi no me quita naides de la cabeza, que la vide entre las llamas, seguida de Martiniano, mientras don Eduardito, el pobre, forcejiaba conmigo pa sacarme de aquel infierno.

JOSÉ—Pero á Vd., el susto le volvió el uso de la razón en las piernas.

BASILIO—Jué una cosa que no te puedo explicar, cuando en un redevente me vi entre aquel infierno, que las llamas, como banderolas azules, amarillas y coloradas, me hacian quites p r encima é la cabeza, lo mesmo que en el «Arroyo del Medio» cuando nos cargó la caballeria; que el humo se jué enroscando como si juera un lampalagua grandote al rededor de mi cuerpo; que el calor empezó á tostarme la cara y las manos, á hacerme lagrimiar los ojos y á chamuscarme la barba y el pelo.... ¡sentí un miedo!... sí, un miedo bárbaro, y entonces jué que grité: ¡Socorro! por la primera vez en mi vida!

JOSÉ—Y entonces se apareció Don-Eduardito.

BASILIO—Sí; pero yo que antes no podia moverme de ande me dejaban, ya me habia parao, y aunque sentia las piernas como si fueran cosa agena, ya me arrastraba, ayudao por la muleta.... Jué entonces que vi saltar un chisperio, como si se hubieran caído de golpe tuitas las estrellas del cielo, y me sentí agarrar ansina por los brazos, y á la rastra, á arempujones.... ¡que se yo como! salí de la fogata aquella, medio ahogao, manotando en el aire, sin sentido..... Pero antes, allá adentro, habia oido un grito..... Era la voz de Rosario, José, y hasta juraria que la habia visto volar, tuita vestida de llamas, seguida de una sombra negra que me parecia Martiniano.

JOSÉ—Pues quien sabe el julepe ande les habra dejao tirar la rienda.

BASILIO—¿No ha güelto Luisa?

JOSÉ—Que yo sepa...

BASILIO—Esa anda olfatiando puai. Pa mi que ha de estar en lo de Doña Florentina.

JOSÉ—Por ahí domás.

BASILIO—¿Y don Eduardito?

JOSÉ—A monte tamien. Otro, ya se habria hecho dar un banquete en la ciudad, en el Paris ú los Catalanes, ú aqui en lo é Tiscornia; pero él... ní se ha dejao ver. ¡Es mas raro!

BASILIO—¡Ese, es un muchacho de lo que no hay!

JOSÉ—¡Lastima que se haiga enganchao tan fiero con la niña Teresa, ques como engancharse con una novena de ánimas.

BASILIO—¿Pero no dicen que se va mejorando?

JOSÉ—Mire, ño Basilio. Hasta que no haiga fábrica de pul-

mones nuevos, todo es al nudo. Le harán beber aguarrrás, le pondrán el lomo como bife à la plancha, la mandaràn à tomar leche e burra en las sierras de Córdoba... Es lo mesmo que hacer leer à los bobos «La Reforma Pacifica», pa hacerles creer que nos van a volver à gobernar los rosines.

BASILIO—¿Pero sabés si han probao con la cepa-caballo?

JOSÉ—¡Con la cepa-elefante han probao, ño Basilio! y ¿sabe lo que han hecho? Ponerle perdido el estómago, como cuando Don Domingo Rebuccion quiere poner orden en las eleiciones. No; si lo mejor que pueden hacer, es eso que le ha aconsejao el médico Diaz, y que hoy mesmo lo ponen por obra.

BASILIO—¿Que cosa, che?

JOSÉ—Dirse à Uuropa.

BASILIO—¡Ah! Pero ¡tan lejos!

JOSÉ—¡Bah! Cuando uno està rematao, se vá à cualquier parte sin tragar saliva. Por supuesto que la que està como soda é dos papeles, ¡uff! saliéndose del vaso, es doña Bernabela. En cuanto le han dicho: *Uropa*, ya ha agarrao el freno, y ni à dos manos y echando el cuerpo à muerto.

BASILIO—¡Cosa bárbara!

JOSÉ—Dice que debe visita à todos los emperadores, y que ya le escribiò la raina de Ingalaterra, diciéndole que en cuantito llegara, s'iba à dir súbito al palacio con la costura, à matiar con ella.

BASILIO—Y ansina no màs à e ser, porque ella lengüetca en toda nación. ¿Y la niña?

JOSÉ—Tristona, pero decidida.

BASILIO—Por supuesto que tu patrón don Eduardito, ¿se largará tamien con ella?

JOSÉ—Eso es lo que me ha dejao ansina medio pensativo. No se vá, ño Basilio. Dice que tiene que hacer por la estancia, y que después de la esquila... ¡Hum! ¡A mi me parece que anda pu hacer otro colchón con esa lana!

BASILIO—Y ella ¿no le forcejea?

JOSÉ—¡Vea lo que son las cosas!... Ella es la que le aconseja que se quede. «Después irás», le dice y lagrimca... ¡A mi me dá una lástima!

BASILIO—Pero ¿y doña Bernabela?

JOSÉ—¡Que! Doña Bernabela no vé nada, y por el contrario, oi que le decia ayer à la niña Josefina: «Me alegro

que se quede éste, porque lo que m'hija, en cuanto llegue á Uropa, se pone como una flor, y allí tiene ansina á los raices, los monarcas, y los jefes de frontera.»

BASILIO—No, lo que relaciones no li han de faltar, solamente que....

JOSÉ—(*mirando hacia el foro*) ¡Ahi viene! ¡Ahi viene!..... (*se pone de pié*)

BASILIO—(*tratando de incorporarse en un esfuerzo*) Ayúdame á pararme, ché. Aura ya me acomodo bien con la muleta..... (*aparece por el foro Doña Bernabela—Basilio se afirma en el baston y la muleta y rechaza á José*) ¡Déjame!

ESCENA II

DICHOS Y DOÑA BERNABELA (*traje de viaje*)

DOÑA BERNABELA—¡Hola! Buenos días ¿como le va ño Basilio?

BASILIO—Ya lo vé, señora, viviendo gracias á usted

DOÑA BERN.—¿Como gracias á mi? Gracias á Dios, dirás. Pues yo vengo de la ciudad á donde fui á despedirme... No acabo con mis relaciones; pero á la mayor parte les dejo tarjetas, P. P. C., es decir: *pour prendre conge*.

BASILIO—(*ap. á José*) (¿Que dice ché?) (*José se encoje de hombros*)

DOÑA BERN.—(*á José*) Ché: Tu patron vino conmigo, pero se fué al hotel.

JOSÉ—Me mandó que lo esperara aquí. Señora.

DOÑA BERN.—Bueno. (*á ño Basilio*) Y ¿que ha sabido de la Gavio... digo, de la Rosario?

BASILIO—Nada, Señora... ¡Como si se la hubiera tragao la tierra!...

DOÑA BERN.—¡Hum! A esos pájaros hay que cortarles las alas, ño Basilio.

BASILIO—Ansina es, Señora; pero como mi envaradura me ha tenido siempre como en el cepo, y la madre tiene que trabajar por todos...

DOÑA BERN.—Pues ¡á un Asilo! Vd. sabe ño Basilio, que en boca cerrada, no entran moscas. Pues en el Asilo no entran los moscones de los pretendientes.

BASILIO—Ansina será...

DOÑA BERN.—Voy á ver como andan las cosas por casa. ¿Por-supuesto que Teresita?...

BASILIO—No ha salido tuavia, Señora.

DOÑA BERN.—¿Pero va estarán hechos los baules?

BASILIO—No se señora; Ahí han estao las niñas todas trabajando como hormigas.

DOÑA BERN.—Bueno; voy á ver... Siéntese no más, ño Basilio.

BASILIO—No señora, gracias.... Yo estaba aquí de cuidador mientras comia el jardinero; pero, aurita no mas debe venir y con su permiso.

DOÑA BERN. — (*yéndose hacia la escalinata*) Como guste.
¡A son ese.

BASILIO—¿Que?

DOÑA BERN.—Nada; que haga usted lo que quiera.... Yo voy á ver.... Tengo la cabeza como globo de loteria. Llena de bolillas y dando vueltas.... Pero se me pasará con un poco de *tranquilité*.

BASILIO—(*oparte á José*) (¿Que dice?)

JOSÉ—(*id*) ¡Nada hombre! Que va á tomar un traguito. A eso le llaman ellas *tranquilité*.

BASILIO—(*id.*) ¡Veal! (*se aleja doña Bernabela yéndose por la escalinata hacia el interior*). Pero sabes que habias sido destruido vos?

JOSE—El roce, ño Basilio. Asigun la posesion de uno, ansina es el saber.

BASILIO—Güeno..., mirá, aura ayudáme un poco.... ¿No ves? Ya me voy manejaando algo mejor. Ansina me dice el médico, que ha habido aquiun aflueje de niervos.... ¡Que se yo!.... Mira: ¿a mi que con otra quemazon, salia disparando.

JOSE—Güeno, vamos.

BASILIO—No, no.... No me toqués, Dejame parao, ansina. Aura alcanzame el bastón ese.... Eso es... Pero ¿que habrá sido é la Rosario?... Si no se me quita é la cabeza.... (*se para haciendo equilibrios. José lo quiere sostener*) Dejáme, dejáme, te digo.... Vos me amadrinas ansina, cerquita, pa por si acaso... ¿entendés? (*caína solo apoyándose en la muleta y el bastón*) ¡Mirá!

JOSÉ—¡No! ¡Y habia sido endeveras!

BASILIO—¿No ves sonso? (*caminan despacio hacia la segunda caja derecha*)

JOSÉ—Por eso le dije, que no hay mal que por bien no venga, ño Basilio. Velay aura ¡con rancho y piernas nuevas! ¡Que bolada! Si en lugar de la Rosario se le pierde ña Luisa, entonces si que hubiera sido como ca-

rambola y palos, porque quedaba á merecer y como pa jugar la polla.

BASILIO—¡Bah! ¡Dejate é pavadas!

JOSÉ—¿Pavadas? Vamos á ver (*animándolo á caminar a ño Basilio*) ¡A la voz de aura! Eso es..... Pinino..... andando..... Pinino.....

BASILIO—Burlate domas. ¡Que no te vaya á castigar Dios tu lléndote la lengua!..... ¡Vamos! (*vanse segunla caja de recha*)

ESCENA III

EDUARDO *con un CRIADO*, luego ÑA LUISA

EDUARDO—(*entrando por el foro izquierdo*) No, no. No avise Vd. á nadie Acabo de llegar de la ciudad con la señora y ella ya sabe que debía venir.

CRIADO—¿Le digo á José?

EDUARDO—Tampoco, hasta que llame.

CRIADO—Está bien. (*vase por la escalinata*)

EDUARDO—(*sacando un papel*) Vamos á ver los datos que me han dejado en el hotel (*lee*). « A Martiniano, no se le ha visto por la red desde el dia del incendio ». « Ha desaparecido tambien la chalana ». « Se cree que « está en las islas » (*hablando*) ¡Claro! (*lee*) « La Gaviota « ni viva ni muerta ». « No está en ninguna casa de « las que frecuentaba, y las hermanas no saben nada « tampoco. » (*habla*) ¡Ah! ¡Aquí está todo revelado! ¡Se han ido juntos! La descastada esa, se ha ido aprovechándose de la catástrofe que amenazaba á su propio padre.... ¡en medio de la ruina de su casa!... de esa casa á la que nunca tuvo amor... como no se lo ha tenido á nadie. ¿A nadie?... ¿y porque ha huido con eso ser estúpido y grosero?... ¡Oh! ¡Que humillación! (*se asoma ña Luisa por la verja del foro y grita*).

ÑA LUISA—¡Ché! Duardo... ¿Sabés que no la encuentro?... Vos, vos has de saber algo... Mira....

EDUARDO—Bueno. Entre ña Luisa. No grite.

ÑA LUISA—¡Pero ¿me prometés?

EDUARDO—Entre, y hablaremos.... (*víase ña Luisa hacia la izquierda en donde se supone que está el portón de entrada*)—Esta desgraciada cree que yo.... y es capaz de decirlo y meterme en un lio.... (*entra ña Luisa de rebozo y muy agitada*).

ÑA LUISA—Mirá, Duardito. Te lo pido por la dijuntita tu ma-
ma ¡que era tan güena! Aquí hay un enriedo entre la
Rosario y vos....

EDUARDO—¡Na Luisa! ¡Está Vd. loca!

ÑA LUISA—Sí; pa que te lo voy á negar.—Mira que perderlo
todo, en menos que canta un gallo.... El rancho, tres
atadazos de ropa ansina.... ¡y que ropa, ché! Pura
puntillería y letras por cifra en tuitas partes, como
que era de lo mejorcito del señorío de este pueblo....
Mis cuatro trastes, que, aunque viejos, los quería co-
mo á hijos, porque con ellos me casé por primero
vez con el rengo. Las pobres hilachas con que nos
tapábamos las carnes; los espineles del viejo que an-
que ya no servían sino pa clavarse uno un anzuelo
en cuantito se descuidaba, en fin, les teníamos cariño...
Hasta la cotorra habladora que me trujo del Paraguay
Don Giacumin, el patrón de la «Vinchuca Republicana»
tamien cayó en la quema, junto con los gatitos hijos
de la *Micha* que me dió chiquita ansina mi comagre
Canuta, la mujer del sargento Tito, y que áura me habia
salido con familia sin comerlo ni beberlo.... y después
de todo eso, como si tuavía juese poco, la Rosario tamien
haciéndose humo, sin que haiga perro que la
olfatee. Pero vos debés saber....

EDUARDO—¡Por Dios, ña Luisa! ¿Como quiere Vd. que sepa?
¿No presenció Vd. todo? Venia yo....

ÑA LUISA—Sí, ya sé: detrás de la Rosario. ¿Vos creés que se
me escapa á mi nada? Mira este dedo (*le muestra un
dedo de la mano izquierda envuelto en trapos*).

EDUARDO—Bueno ¿Y que hay con eso?

ÑA LUISA—Le cebaba mate á Doña Bernabela, cuando en un
redemente, veo que sale monte adentro la Rosario, que
ya andaba con una cara muy rara.... y en esto, cata
aquí que te veo á vos tamien rumbiar pal mesmo
lao.... ¡A cachafáz! dije y (*sacunde la mano*) ya largué
el mate al suelo, porque por mirarte á vos, me echa-
ba el chorro de agua caliente en la mano.

EDUARDO—Dios la castigó, ña Luisa, por mal pensada. Pues
iba en busca de José que andaba con mi máquina fo-
tográfica. Encuentro efectivamente á la Rosario; hablo
con ella dos palabras.... y en esto, un resplandor de
fuego, unos gritos de socorro. Lo demás Vd. lo sabe,
porque me vió llegar con ño Basilio medio muerto.

ÑA LUISA—Sí; ya sé que te portaste como lo habria hecho tu

pagre (ánima bendita: que una vez que casi me au-
gaba, me sacó de aquí, de la macolla (*por la trenza*)...
pero después...

EDUARDO—¿Después?... ¿Acaso sé yo lo que sucedió después?
Allí estaba Rosario hacia un instante, y dicen que la
vieron como un relámpago meterse entre las llamas,
seguida de...

ÑA LUISA—¡Ya vas á salir con tu pesadilla!

EDUARDO—Pues esa pesadilla es la realidad, ña Luisa. ¿Donde
está Martiniano? ¿Lo ha averiguado usted?

ÑA LUISA—Y á mi ¿que me importa de ese pavote?

EDUARDO—¡Pavote! Pues ese es el que debía saber del para-
dero de su hija, porque ese la acompañaba, y ese, ha
desaparecido.

ÑA LUISA—¿Que decis!

EDUARDO—Sí; ha desaparecido, como ha desaparecido la cha-
lana que tenia para echar el espinel.

LUISA—¿Quien te ha dicho eso?

EDUARDO—Pero ¿como? ¿No lo ha averiguado Vd. al ir estos
días al sitio donde estaba su rancho?

LUISA—He ido á escarbar, ché, porque tenia miedo que mi
Rosario se me hubiera quemao, pero he encontrao mas
que este Cristo, que lo tuvo tu magre entre las ma-
nos, y que jué l'único que heredé de su cariño. La
cruz era é palo y se quemó.

EDUARDO—Así sucede con esas cruces. ¡Hay otras que no se
queman nunca!

LUISA—Sí, pero es lo mismo. Lo ponés ansina (*lo levanta ér
el aire*) y lo vés clavao y muriendo aunque sea en el
aire... Güeno: jurame, pues, sobre esta cruz... sobre
este Señor bendito, ques lo mesmo, que no sabés na-
da de Rosario-

EDUARDO—Lo juro.

LUISA—¡Mirá cachafáz!....

EDUARDO—Lo juro, ña Luisa, ¿Que mas quiere Vd?

LUISA—Pero entonces....

EDUARDO—Que se ha ido con Martiniano.

LUISA—¡Primero muerta! Mirá... Aura que me has jurao, (y...
... que Dios te castigue si ha sido en burla)....

EDUARDO—Pero....

ÑA LUISA—Güeno (*saca un cofrecito de debajo el rebozo*) ¿Sa-
bés lo que es esto?

EDUARDO—Una caja.

ÑA LUISA—Si: una caja de ella, que la tenia escondida en un agujero de un sauce, al ladito de las casas.

EDUARDO—¿A ver?

ÑA LUISA—A ver se vá á la comedia, ché. Yo se la habia visto guardar, pero no decia nada, y como lo que menos tengo es de curiosa...

EDUARDO—¡ a Luisa!

ÑA LUISA—¿üeno: Como cualquiera mujer domás. Hoy me acordé y jui á ver si estaba en el escondite, y estaba, pero sin la llave... A mi se me hace que la debo abrir ¿Que te parece?

EDUARDO—Usted es dueña.. Si Vd. cree que ahi puede encontrar algun indicio..

ÑA LUISA—Y tal vez, no mas. ¿Que secreto puede guardar? Pavadas, ¿no es verdad?

EDUARDO—Asi es.

ÑA LUISA—Abrila vos.

EDUARDO—¡Yo!

ÑA LUISA—A ver si alguna de tus llaves..

EDUARDO—Son todas muy grandes...

ÑA LUISA—No; si te he visto unas chiquititas... Emprestame tu llavero.

EDUARDO—Pero...

ÑA LUISA—Emprestame, te digo.

EDUARDO—Bueno, ña Luisa; pero conste...

ÑA LUISA—¡Eeh! ¡Tan lleno e monerias pa abrir una cajita, y sos capaz e forzar hasta el Banco e la Provincial!

EDUARDO—¡ña Luisa! ¿Qué dice Vd?

ÑA LUISA—Si es por broma, hombre.... Mirá.... *(provando las llaves que le habra dado Eduardo)* Esta no.... Esta.... esta.... ¿á ver? Esta no dá güelta... Esta sí... ¡esta sí! ¡Como si juera la llave propia!

EDUARDO—Si todas son iguales.

ÑA LUISA—*(abriendo la caja y revolviendo dentro)* ¡Pero si esto habia sido una bizcachera!... Cintitas, flores secas, papeles.... ¿Aver? ¿Aver? ¿Qué dice esto?

EDUARDO—Son versos, ña Luisa... ¡Ah! Los versos que ella cantaba:

*Los pájaros tienen alas
Para volar á lo lejos...*

ÑA LUISA—¡Mirá! ¡Mirá la condenada lo que andaba maquiando! ¿Ves? «Pa volar á lo lejos»...

EDUARDO—¿Me los dá, ña Luisa?

ÑA LUISA—Tomalos. ¡Pa lo que sirven! ¡Y estos tambien son versos, ché? (*cae un retrato, Eduardo lo recoje y lo esconde*)

EDUARDO—Sí.

ÑA LUISA—¿Y eso que se ha caido?

EDUARDO—Un retrato

ÑA LUISA—¿Aver? ¿Aver?

EDUARDO—No, no, ña Luisa.

ÑA LUISA—A ver te digo...

(*se lo arrebatata*) ¡El tuyo!

EDUARDO—El mio, sí. (*ap*) (¡Que luz!)

ÑA LUISA—¿Cuando se lo habias dao ché?

EDUARDO—Nunca.

ÑA LUISA—¿Y entonces?

EDUARDO—Ella lo habrá encontrado en cualquiera parte.

LUISA—¡Ah, condenada!.... ¿Y que dice ahí?

EDUARDO—¿A ver?

LUISA—No, en mi mano.

EDUARDO—Si el retrato es mio.

LUISA—Pero ella lo tenia.

EDUARDO—Tiene Vd. razon. ¡Ella lo tenia!

LUISA—Pero ¿que dice?

EDUARDO—(*ap. y leyendo hondamente conmovido*) (¡EL ÚNICO!)

LUISA—¿Que dices?

EDUARDO—Nada.... nada.... una fecha... Miré ña Luisa: yo podia reclamarle ese crucifijo que fué de mi santa madre, y lo tuvo por última vez en este mundo, entre sus manos heladas.... Yo se lo dejo á Vd.; pero devuelvame este retrato Si fuera el de ella, comprendo que tuviera reparo en dármele; pero es el miq.... y si ella alguna vez me lo pide, como estos versos, se los devolveré; se lo prometo á Vd.—Mas aún: ofrezco á Vd. emplear todos los medios á mi alcance, para dar con el paradero de Rosario, pues todo esto me dice que no ha cedido á ninguna pasión baja é indigna al desaparecer.—Yo la encontraré. Si; juro á Vd. que la encontraré; pero deme Vd. ese retrato, se lo suplico.

LUISA—Hombre, tal vez tenes razon, y como despues que me has salvao al rengu no puedo negarte nada, tomalo.... Mejor tuavia: Tomá la caja, cerrála y guardala hasta que ella aparezca.... ¿Crees Duardito que la encontrarás?

EDUARDO—Si lo crep.

ÑA LUISA—¡Ansina te oiga el Señor! Entonces, si lo merece se la devolverás ¿No es verdad?

EDUARDO—Muy bien dicho, ña Luisa: Se la devolveré, si lo merece.

ESCENA VI

DICHOS, Y MAGDALENA, LUISA, CARMEN, JOSÉFINA, ARTURO, JUAN, FEDERICO, EL CURA, DON VENANCIO.

JOSEFINA—¡Que silencio en esta casa! ¡No parece que estuvieran de viaje!

FEDERICO—¡Hola! ¿Ya estás de vuelta?

EL CURA—Adios Eduardo.

EDUARDO—Buenos días, Señor Cura.

MAG.—Ña Luisa, ¿como le va?

ÑA LUISA—Muy bien; muy bien.

D. VEN.—¿Y? ¿Pareció el pájaro fugitivo?

ÑA LUISA—Mas pájaro será Vd. Mire no me busque la lengua, porque no estoy pa titeres.

D. VEN.—¡Pero, ña Luisa! Es Vd. efervescente.

ÑA LUISA—(*dándole la espalda y hablando con Eduardo*) Güeno, ché; yo me voy pa ande está Basilio... Ya sabés...

EDUARDO—Vaya tranquila, ña Luisa.

D. VEN.—(*la detiene*) ¿Porsupuesto que ni una hilacha?

ÑA LUISA—(*desdeñosamente*) No se apure don Calistres que no me he de quedar con ninguno de sus pingajos averiaos. (*rien todos*).

D. VEN.—No lo digo por eso, ña Luisa. Es Vd. muy quisquillosa. Vd. sabe que yo no hago cuestión de la ropa perdida.

ÑA LUISA—Pues yo si la hago, y como Dios me ha dao fuerzas y vida pa cumplir con mis obligaciones, pueden hacer no mas de cuenta que no han perdido nada en la quema, pues todo se los he de pagar con mi trabajo.

CARMEN—¡Jesús, ña Luisa!

JOSEF.—¡Que ocurrencia!

MAG.—¡Que orgullo!

EL CURA—Luisa: una de las primeras virtudes cristianas, es la humildad.

ÑA LUISA—Si, señor cura, pero como lo que ofrezco es trabajar, y no conozco ningún santo que sea abogao de los

haraganes.... (*rien todos*) La gente está de mui güen humor. Mas vale ansina. Hasta luego. (*se va por la derecha, 2ª caja*).

FEDERICO —Está mas soberbia desde que no tiene nada.

ÁRTURO—Ni la hija.

D. VEN.—Y á proposito ¿Vd. no sabe nada, señor cura?

EL CURA—Nosotros no sabemos mas de lo que debemos saber.

ÁRTURO—(*á don Venancio*) Levante ese trompo en la uña, Don Venancio.

D. VEN.—¡Hombre!...

EL CURA—¿Has visto á Teresita, Eduardo?

EDUARDO—No, Don Diego. Acabo de llegar de la ciudad. Vine con Doña Bernabela.

EL CURA—¡Ah! ¿estabas en la ciudad?

EDUARDO—Si señor.

EL CURA—Vamos, hombre....

UN SIRVIENTE—La señora les ruega quieran pasar.

LAS MUCHACHAS—¿Vamos?

LOS JOVENES—¿Vamos! (*estos últimos dan galantemente el brazo á las niñas y suben la escalinata, Don Venancio va atras de todos. El cura toma por el brazo familiarmente á Eduardo y le indica que permanezca*).

EL CURA—(*á Eduardo*) Tengo que hablar contigo.

EDUARDO—Está bien.

ESCENA VII

EDUARDO Y EL CURA

EL CURA—Y ahora ¿que piensas hacer?

EDUARDO—Ya lo sabe Vd. Quédarme.

EL CURA—¿Conoces el estado en que parte Teresa?

EDUARDO—Si, Señor.

EL CURA—Mira Eduardo: No te habla tan solo el sacerdote; te habla el amigo mas intimo y leal de todos los tuyos, y tambien te habla el ministro cristiano, el que recojió la última palabra de tus padres moribundos, y unjió con el óleo santo sus frentes, sus manos y sus piés, para que entraran santamente sus almas en la gloria, que habian merecido. Tu eres un muchacho, honesto y noble. Has heredado de tu madre el corazon, la sensibilidad y la fantasia, y de tu padre, la rectitud, la

honradez y la confianza en tus propias fuerzas. No te juzgo; te observo.... y me permito aconsejarte. Tu no puedes abandonar à Teresa hasta su último momento.

EDUARDO—Basta, Don Diego. Eso está terminado y decidido dé comun acuerdo. Será una tristeza muy grande.... sí: «muy grande», porque, como Vd. ha dicho, aqui hay un corazon sensible, y no se rompen asi no mas los vinculos de la tradición, de la costumbre, de la confianza,... hasta del cariño.... sí: *¡del cariño!* dentro de sus limites racionales), sin experimentar uno el dolor agudo de un supremo desgarramiento. Pero lo que va à suceder, es justo, lógico, inevitable. He hecho todo lo que humanamente podia. Ir mas allá, sería una farsa.

EL CURA—¡Pero abandonarla, es matarla!

EDUARDO—No; porque lleva en su alma la esperanza. En fin: No hablemos mas de esto, Don Diego.

EL CURA—Está bien, no hablemos. — ¡De modo que tu te quedas?

EDUARDO—Si; me voy à la estancia.

EL CURA—¡Ah! ¿Te alejas de aqui?

EDUARDO—Si, Señor.

EL CURA—Bueno. Menos mal. Lo que hacías con esa mujer...

EDUARDO—¿Con quien?

EL CURA—Con Rosario.

EDUARDO—¡Ah! ¿Volvemos otra vez?

EL CURA—No era bien hecho, Eduardo. Queriéndola ó no à Teresa, tú no podías dar el escándalo de esos amores... Tu nombre padecía....

EDUARDO—¿Mi nombre? ¿y porqué?

EL CURA—¡Hombre! Por mil razones. En primer lugar este compromiso.... Bueno, bueno... ¡la debilidad humana à veces no sabe dominar estas cosas! pero la posición social, la distancia que te separa de....

EDUARDO—Dígame, Don Diego: ¿Quien está más lejos? ¿Ella de mi? ¿O yo de ella?

EL CURA—¡Vaya una pregunta!

EDUARDO—Respóndame Vd.

EL CURA—Esos son problemas retóricos, que ni es ocasión ni oportunidad de resolver.

EDUARDO—Esas son claridades eternas que emanan cabalmente de la razon cristiana, y que Vds. los sacerdotes

de su culto, no deberían jamás cubrir con las perplejidades de la duda.

EL CURA—Hombre...yo no he dicho...

EDUARDO—Perdoneme Don Diego. Vd. sabe todo el respeto que tengo por su virtud y su saber, pero es cabalmente eso lo que da pábulo para que los espíritus limitados, como el de Doña Bernabela, por ejemplo, se alimenten en ridiculas y tontas vanidades, atrofiando en ellos los hermosos instintos de la mujer y de la madre.

No son, nó, las desigualdades sociales, como Vd. dice, las que hacen la desgracia de los hogares; son las desigualdades de carácter, de educación, de gustos, de inclinaciones....

En fin, no moralicemos mas inutilmente, puesto que tengo la convicción de que los dos somos dos convencidos.

¿Que queria Vd de mi?

EL CURA—Nada, puesto que has tomado una determinación, y dices que estás en paz con tu conciencia.

¿Cuando te vas?

EDUARDO—Hoy mismo.

EL CURA—Acompañarás á las viajeras hasta abordo.

EDUARDO—No, señor.

EL CURA—¡Como! ¿Tambien está pactado?

EDUARDO—Tambien.

EL CURA—Es extraño, pero puesto que... Hablando de otra cosa. ¿Sabes algo de Rosario?

EDUARDO—Se lo iba á preguntar á Vd.

EL CURA—¿Con que intención?

EDUARDO—Con la de ayudar en sus pesquizas á esos pobres viejos, que sufren.

EL CURA—Y... ¿nada mas?

EDUARDO—Y saberlo yo tambien (¿porque no lo he de decir?) pues me interesa.

EL CURA—¿Piensas seguir tu aventura con ella?

EDUARDO—(riendo) ¿Me confiesa Vd. Don Diego?

EL CURA—Tienes razon. Pero supongo que mientras viva Teresa....

EDUARDO—Mientras viva Teresa, no tendrá que reprocharme nada.

EL CURA—Me basta eso. A pesar de todo, eres un buen muchacho, Eduardo.

EDUARDO—(sonriendo) Pero que no merece aún su absolución.

EL CURA—Allá veremos. Ahora vamos arriba que estarán ya extrañando nuestra ausencia.

EDUARDO—VAMOS. (*suben por la escalinata*)

ESCENA VIII

TERESA luego LUISA

Teresa aparece por la segunda caja de la derecha, como si hubiera bajado por una escalera del fondo.

TERESA—Me han dicho las muchachas que estaba por aquí, y mientras ellas se entretenían con mamá, me he escapado por la escalera del fondo para verlo y hablar con él, antes de partir y quien sabe si por la última vez. Además, quería despedirme de estos sitios en donde he sido tan feliz desde niña; dé mi casa, dé mis flores.... (*corta una rosa y se la pone en el seno*) (*sale ña Luisa de la primera caja de la derecha y al verla Teresa se echa en sus brazos sollozando*). ¡Ah Luisa!... Ya ves.... ¡Me echan!... me echan lejos!... ¡Que tristeza!

LUISA—¿Has visto, hijita? ¡La suerte se nos ha puesto e punta!... ¡Todos nos quedamos solos!... ¿Esperando, que?

TERESA—Tenés razón. ¿Has visto a Eduardo?

LUISA—Aquí estaba hace un momento. El pobre cachafáz, también..

TERESA—¿Vos creés que siente que me vaya?

LUISA—Y ¿como no hijita? Ahí anda como mata e malva después del granizo.

TERESA—¡Pobre! Pero es necesario. Este clima no me hace bien. Necesito vigorizarme, reaccionar, y si me toma aquí el invierno... ¿Que sabés de Rosario?

LUISA—No me preguntés hijita ¿No ves que me vuelvo loca?

TERESA—Con el susto, ella, que es tan nerviosa, habrá disparado, y se habrá metido quien sabe donde.

LUISA—Eso es lo que yo creo... pero ya podían...

TERESA—Quien sabe... Tal vez de un momento a otro.

LUISA—Vos, ¿no malicias nada?

TERESA—No, Luisa. Pienso lo que te digo y nada mas (*mirando inquieta á todos lados*) Pero ¿donde se habrá ido Eduardo? (*aparéce este en las gradas de la escalinata*)

LUISA—¡Ahí viene!

TERESA—Dejame sola con él.

LUISA—Güeno (*ap.*) (Es un revoltijo este, que ni Dios lo desenrieda) (*alto*) Ya vuelvo ¿eh? (*váse por la derecha, primera caja.—Eduardo baja la escalinata y se aproxima cariñoso y solícito á Teresa.*)

ESCENA IX

TERESA Y EDUARDO

EDUARDO—¡Teresa!

TERESA—¡Eduardo!

EDUARDO—Te buscaba.

TERESA—Nos quedan pocos instantes para estar juntos, y á medida que se acerca el momento, siento que las fuerzas me abandonan, y que una cosa así como el arrepentimiento, me invade el espíritu..... ¡Eduardo! ¡Eduardo!..., ¡Que desgraciados somos!... ¿No es verdad?.... ¿No lo sentís así?..... ¿Porque no hablás?

EDUARDO—Y ¿que querés que te diga, Teresa?

TERESA—¿No te da pena verme partir?

EDUARDO—¡Oh! ¡Sí! ¡Te lo juro!

TERESA—Pero; ¿no es verdad que volveré.... que volveré sana, fuerte... para no separarnos jamas?

EDUARDO—¿Quien lo duda?

TERESA—Anoche, soñé una cosa horrible. Soñé que todo ardía, así como el rancho de ño Basilio; que vos estabas en medio de las llamas, y que yo, fuera de mí me lanzaba en ellas para salvarte, pero que al llegar á vos, otra mujer—una mujer con alas—te abrazaba y te llevaba con ella entre las nubes del humo, y que á mí me aprisionaban las llamas y me quemaba viva!...

EDUARDO—(*conmovido*) ¡Que locura!

TERESA—Sí, sí; locura, porque tantas veces he soñado también que eras mío... mío solo, y para toda la vida... y ¡mirá que irrisión! ¡Tener que separarnos!... No importa. Prefiero el sueño de la muerte, viéndote feliz, que el de cerrar los ojos y extinguirme en medio de la impotencia de serlo con vos.

EDUARDO—(*conmovido é inquieto*) Bueno; pero no hablemos de estas cosas en estos momentos... Hablemos del porvenir, de la esperanza ..

TERESA—Eso es, eso es... ¿Sabés por que quiero que nos despidamos aquí?

EDUARDO—Es un capricho.

TERESA—No; es una superstición. Aquí me juraste amarme siempre. Aquí me vas á jurar otra vez, esperarme. Las despedidas á bordo, son buenas para los seres prosaicos: los de la eterna copa de «champagne», y el pañuelo blanco agitado desde la borda del buque que se vá y desde el muelle, ese umbral de la tierra... No, no; nosotros debemos despedirnos aquí. De aquí arranca el lazo de nuestra tradición y de nuestra esperanza. El vapor es de todos. Esto es nuestro tan solo. El amor, es una religión, cuyo culto no se debe pasear entre muchedumbres, baules, silbatos y confusiones. ¿No es verdad?... Porque me mirás así

EDUARDO—Te oigo encantado.

TERESA—Y triste, ¿no es verdad?

EDUARDO—Si... y triste tambien. Teresa.

TERESA—Bueno: pues no quiero que estés triste... *(se saca la rosa del seno, y se la pone á Eduardo en e lhojal)* Esta flor es para vos. Decime: ¿Es una tontería esa de las flores secas?

EDUARDO—¿Porque?

TERESA—¿No es verdad que no? Seria una tonteria tambien el culto de los muertos.... Pues bien, llevala hoy todo el dia, y cuando duermas esta noche.

EDUARDO—No dormiré.

TERESA—No importa.... La ponés á la cabecera y mañana en una caja.... *(reparando en la que Eduardo habra depositado sobre una mesita de jardín)* en esa, por ejemplo.

EDUARDO—*(apoderándose de la caja)* ¡Oh no!

TERESA—¿Que guardas en esa caja?

EDUARDO—Nada... nada....

TERESA—Mostramelá.... Recuerdos míos tal vez... Mostramela; ¡dame ese gusto!

EDUARDO—No Teresa.... Esta caja....

TERESA—¿A ver? ¿A ver?

EDUARDO—No se puede.

TERESA—¿Porque?

EDUARDO—Está cerrada.

TERESA—¡Bah! Eso se abre con cualquier llave y vos debes tenerla.... Vamos á ver...

EDUARDO—..... No es mía....

TERESA—¿Como! ¿no es tuya?... ¿y de quien es? *(el piano dentro y la voz de Magdalena que canta las coplas que cantó Rosario en el primer acto).*

EDUARDO—Oí... Música.... Pero....

TERESA—Sí: el estilo de la Gaviota que ha aprendido Magdalena... ¡Ah! ¡Que luz!... ¿A ver? Yo conozco esa caja... ¡Sí! Ese fué un regalo que yo le hice á Rosario... ¿De donde la has sacado?

EDUARDO—Me la dió ña Luisa para que se la guardara....

TERESA—¡Eduardo! (*cae en sus brazos desvanecida*).

EDUARDO ¡Teresa! ¡Teresa! (*aparece ña Luisa—derecha*).
¡Venga, venga ña Luisa! ¡Ligero por Dios!

ÑA LUISA—¿Pero que hay?

EDUARDO—¡Que le ha dado un síncope!

ÑA LUISA—¡Que va á ser eso! ¿No ves que es un desmayo?...
Déjame que le afleeje el corsé.... Anda á buscar agua florida.... (*váse Eduardo corriendo para la escalinata*).
¡Vamos pues, hijita!... ¿De que le habrá venido?

TERESA—(*suspira y abre los ojos*) No... No es nada.... ya pasó....

ÑA LUISA—¡Que susto nos has dao!.... ¿A ver?... Sentate aquí...
¡Che! Mirá ande ha dejao este la caja de mi hija que le di á guardar.

TERESA—¿Vos se la diste?

ÑA LUISA—Si hijita: La encontré en un sauce viejo que está al ladito de... gueno de ande estaba el rancho.

TERESA—¡Ah! (*ap*) (¡No me engañaba!) (*sonrie*).

ESCENA X Y ULTIMA

DICHOS Y EDUARDO, DOÑA BERNABELA, EL CURA, DON VENANCIO, MAGDALENA, LUISA, CARMEN, ARTURO, FEDERICO ETC. *luego* JOSÉ con ÑO BASILIO Y ROSARIO *con una* HERMANA DE CARIDAD

Los primeros bajan apresuradamente y con grandes aspavientos la escalinata

BERNABEL—(*precipitándose hacia Teresa*) Pero ¿que tiene? ¿Que le pasa? ¿Empezamos ya con los soponcios?

MAGDALENA—¿Que tienes Teresa?

TERESA—Nada, nada.... El calor.

LUISA—(*ap. á Carmen*) (¡Hay hijita! lo que es esta no alcanza á mitad del viaje).

CARMEN—(*id.*) (¡Callate! ¡No digas eso! ¡Pobrecita.)

LUISA—(*id.*) (Y el que no la acompaña ni á bordo)

CARMEN—(*id.*) (Fíate despues en los hombres) (*alto*) ¿Te encontras mejor Teresa?

TERESA—¡Pero si no ha sido nada!

DOÑA BERN.—Sí, si... No ha sido mas que un espamo. Conviendo y jerez se quitan esas cosas... Miren, miren muchachas. los escapularios de viaje que nos ha traído el señor cura.

MAGDALENA—«Escapularios de viaje», fijense, muchachas.

TERESA—Pongamelo Vd. mismo el mio, Don Diego, y deme su bendición.

CURA—(enternecido) ¿Por que no hijita?

TERESA—(tomando otro escapulario y dándoselo á Eduardo) Este para ti. (Eduardo lo besa).

DOÑA BERN.—Y este ¿para que precisa desde que se queda?

EL CURA—(Todos viajamos señora, en esta vida!

MAG.—(á Don Venancio) Y Vd. don Venancio ¿No usa escapularios?

DON VEN.—No señorita, lo que uso constantemente es un parche poroso.

MAG.—Es lo mismo. (rien todos)

SIRVIENTE—Señora, ahí está Morales con la diligencia.

DOÑA BERN.—Decile que ya vamos... Pongan en el coche *les males de cabine*... Vayan, vayan sacándolas... ¡Que sofocacion! Y nosotras, á despedirnos.

TERESA—¡Ya!

DOÑA BERN.—Sí, si... ¡Vamos! Adios. señor cura... Eduardo... ña Luisa... Adios todos (*Se saludan todos con gran confusión; Teresa y Eduardo se hablan emocionados, tomados de las manos y al fin se abrazan enternecidos. Todos lloran, el cura se acerca á la pareja como para confortarlos, aparece el sirviente presurosamente, y luego dos hermanas con velos espesos*)

SIRVIENTE—;Señora! ;Señora!... Dos hermanas...

DOÑA BERN.—¡Ah! Si; han de ser la del Huerto que vienen á despedirnos tambien. ¡Pobres! ¡tan cumplidas! Hacelas pasar.

MAG.—¡Ahí viene ño Basilio con José y el jardinero!

DOÑA BERN.—;Pobre Basilio! Ya sabe ña Luisa que he dado orden para hacerles de nuevo el rancho. Mientras tanto, Vds. se quedan acá.

ÑA LUISA—Gracias, muchas gracias patrona Dios se lo pagará, volviendole la salu á la niña, y aunque nosotros en la vejez nos quedemos solos y abandonaos, no nos hemos de olvidar...

DOÑA BERN.—Vamos, dejemosnos de lagrimeos (*las hermanas por el foro izquierdo*) ¡Adelante! ¡Adelante! (*se adelan-*

ta una de las hermanas, la otra se queda siempre velada en segundo término—Se le acerca el cura).

HERMANA—Señora, la comunidad me envía á decirle adios en su nombre, asegurándole que todas nosotras las acompañaremos en su viaje con nuestras oraciones.

DOÑA BERN.—Gracias, gracias. *(un silbato lejano).*

ARTURO—Mire señora que el tren no espera.

DOÑA BERN.—¡Ah! si, si... Pues digamonos adios.

TERESA—¡Eduardo! ¡No me olvides jamas!

EDUARDO—¡No, no... Teresa. ¡Jamás!

ÑA LUISA—Bueno, bueno, niña Que te vas á enfermar otra vez.

TERESA—¡ a Luisa! ¡Ño Basilio! ¡Acompañenlo! ¡El pobre se queda tan solo!...

ÑA LUISA—¡Si aura no tenemos otro hijo! La otra...

DONA BERN.—Ya vendrá

ROSARIO—*(adelantándose y levantándose el velo)* ¡Ya ha venido!

ÑA LUISA y BASILIO—¡Hija!

EDUARDO—¡Rosario!

TODOS—¡Rosario! ¡De hermana!

ÑA LUISA—*(Llorando y acariciando á Rosario)* Y yo que creiba que todo era bröma.... y aura....

BASILIO—¡Yo no!.... Yo nunca pensé que nos iba á durar pa tuita la vida!

¡Pero hijita! *(sollozando)* ¡Que te han hecho tus pobres viejos pa que los abandonés ansina!... *(prorrumpen en llanto)* *(todos lloran)*

ÑA LUISA—¡Mi pajarito adora! ¡Si juidora y todo yo te quería, por que eras mis entrañas que caminaban!... *(Esconde la cabeza llorando, en el seno de Rosario).*

ROSARIO—¡adre... Madre... Tranquillence... y vean que lejos de abandonarlos, les traigo un gran consuelo, pues pago en el prójimo la caridad que Vds. reciben.

TERESA—Gracias.... gracias, ¡hermana! ¡Que gran consuelo llev!...

DOÑA BERN.—Eso era lo que tenia que hacer.

ROSARIO—Si señora. Eso era lo que debia hacer... Ahora no me negarán un abrazo...

TODOS—¡omo!

ROSARIO—Y el perdon ...

TODOS—¡El perdon de que?....

ROSARIO—*(solemne é inspirada, señalando el cielo)* ¡Lo sabe Dios!

TELON

